

FRANCISCO DE VIU

LO IMPREVISTO

Comedia en tres actos.

50 cts.

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO
Editado en RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, 20.
MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE DEBEN LEER LA PANTALLA, QUE CONSTITUYE LA VERDADERA GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA MUNDIAL

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

LO IMPREVISTO

FRANCISCO DE VIU

LO IMPREVISTO

COMEDIA EN TRES ACTOS
EN PROSA Y ORIGINAL

Estrenada en el teatro Alkázar de Madrid,
el día 1 de Marzo de 1929.

DIBUJOS DE ALONSO



LA FARSA

AÑO III | 13 DE ABRIL DE 1929 | NUM. 82

MADRID

DEDICATORIA

A Curro Ríos, inteligencia, espíritu y amistad.

Cordialmente.

FRANCISCO DE VIU

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Carolina	Irene Alba.
Aldonza	Antonia Herrero.
Juanita	María Pujo.
La Condesa del Manzanar	Juana Manso.
Felipa	Irene Caba.
Africa	Elena Granda.
Tito Félix	Juan Bonafé.
Acacio	Luis Torrecilla
Mariano	Jose Burañés.
Ramírez	Manuel Perales.
Gerardín	Emilio Gutiérrez.
Damián	Pablo Hidalgo.
El Médico	Jenaro Guillot.
El Sacerdote	Jose Ponzano.
Tomás	Alberto Sola.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Gabinete elegantísimo de tono aristocrático. Puertas a derecha e izquierda. En el foro, sobre una gran chimenea, un gran tapiz con el escudo muy visible de la familia Todosventos. Consiste éste en una corona de Barón, y en cada uno de los cuatro cuarteles, sobre fondo azul estrellado, una bandera blanca desplegada en distintas y opuestas direcciones. Es un mediodía de otoño.

(Al levantarse el telón, la escena está solitaria. Suena un timbre, y AFRICA, *una doncella pizpireta y monísima, cruza la escena rápidamente de derecha a izquierda. Suena otro timbre, y* TOMÁS, *un criado correctísimo, cruza rápido de izquierda a derecha. A los pocos momentos suena el teléfono y surgen al mismo tiempo* AFRICA, *de la izquierda, y* TOMÁS, *de la derecha.)*

AFRICA.—¡Jesús, qué nervios los de la señorita!

TOMÁS.—Y los de la chica de la modista.

AFRICA.—¿Trae las cuentas?

TOMÁS.—Las dos.

AFRICA.—¡Yo no me atrevo a decírselo a la señorita! ¡De buen humor está hoy, por no saber el paradero de su tío Félix!...

TOMÁS.—¡Pues dice que no se va sin cobrar!...

AFRICA.—*(Haciendo mutis por la izquierda.)* Intentaré... *(Vuelve a sonar el teléfono.)*

TOMÁS.—¡Cómo está hoy la electricidad!... *(Al aparato.)* Sí, señor; la casa de la Baronesa de Todosventos... Un criado... Muy bien, señorito; se lo diré inmediatamente. Sí, llegó anoche...

AFRICA.—*(Entrando y dando un billete a Tomás.)* Toma, recoge las facturas...

TOMÁS.—Dile a la señora que ha telefoneado el señorito Mariano que a la una vendrá. Ha preguntado si estaba su madre.

AFRICA.—¿La madre de la señorita?

TOMÁS.—A la señora Baronesa, como no la salude en el cementerio...

AFRICA.—¡Ah, sí!... A la madre de él... Ya no me acordaba de la forastera...

TOMÁS.—¿No encuentras tú muy extraño que la madre del señorito Mariano haya venido a pasar una temporada aquí?... Sin conocerse, sin haberse visto en la vida, siendo novios ellos...

(Suena estridente y sostenido el timbre de la derecha.)

AFRICA.—¡Anda, hombre, que nos hemos olvidado de la chica de la modista!

TOMÁS.—*(Haciendo mutis por la derecha.)* ¡Y cómo arrea!...

ALDONZA.—*(Saliendo por la izquierda. Es una muchacha de veinticinco años, guapa y de una elegancia muy moderna.)* ¡Qué escándalo de timbre!... ¿Pagó Tomás?...

AFRICA.—Sí, señorita, ahora.

ALDONZA.—¿Volvió Juanita?...

AFRICA.—Todavía no; fué a las compras que la encargó usted.

ALDONZA.—Y me olvidé de una: el *whiskey*... Que vaya Tomás...

AFRICA.—El señorito Mariano acaba de telefonear. Dice que vendrá a saludar a la señorita y a su madre.

ALDONZA.—¿Cómo?... ¡Ah, a la suya!... *(Riendo.)* ¿Qué graciosa es mi futura suegra, ¿verdad?...

AFRICA.—¿Se casa por fin la señorita con el señorito Mariano?

ALDONZA.—Pchs... Hay probabilidades... Si el noviciado resulta bien. Cuando venga el señorito, su equipaje lo colocas en el gabinete que preparamos ayer...

AFRICA.—Pero... ¿el señorito Mariano viene a vivir aquí?

ALDONZA.—Naturalmente; para el noviciado.

JUANITA.—*(Una muchacha de la edad de Aldonza; bonita también, pero de catadura y ademanes más sencillos. Entra cargada con los paquetes que enumera.)* ¡Ya estamos aquí!... Las flores... La Colonia... Las esponjas... La crema para la cara... El barniz para las uñas... Y una cosa que habías olvidado: el *whiskey;* esa porquería que no le gusta a nadie, pero que han hecho imprescindible...

ALDONZA.—¡Eres encantadora! La carabina más rápida que he visto.

JUANITA.—Vamos; la ametralladora, como si dijéramos...

ALDONZA.—¡Ah!... ¿Y de tito Félix, traes noticias?...

JUANITA.—En su cubil no saben de él hace ocho días... Y no vuelvo más a su casa, Aldonza de mi alma. El portero, y perdona, debe ser tan... tan sportman, lo diremos así, tan sportman como tu tío... Sonrió picaresco al verme, me examinó de arriba abajo, volvió a sonreír donjuanescamente, y me dijo, con retintín malicioso, que don Félix "¡tenía muchos pedidos!" ¿Qué te parece?... Yo debí poner un gesto feroche, porque rectificó su actitud y me aseguró que había salido de casa hacía ocho días y no ha vuelto aún, pero que no debe estar fuera de Madrid porque no se ha llevado equipaje.

ALDONZA.—¿Dónde estará metido ese demonio de hombre? ¡Para una vez que lo necesito!... Anda; vamos a dejar todo eso y a echar el último vistazo al cuarto de Mariano, que vendrá de un momento a otro.

JUANITA.—Pero... ¿se va a instalar aquí sin estar tu tío?...

ALDONZA.—*(Contrariada.)* ¿Y qué quieres que haga yo ahora? ¿Quién podía adivinar esta desaparición de tito Félix?...

JUANITA.—¡Bendito sea Dios!... *(Bajo, a Aldonza.)* Esto es una locura, Aldonza...

ALDONZA.—Hasta ahora no es más que un boceto de vaudeville.

JUANITA.—¿Y esa señora?... Nunca me acuerdo cómo se llama...

ALDONZA.—¡Doña Carolina García, viuda de Cogolludo, mi futura suegra! ¡Muy graciosa!... Desde las ocho de la mañana la oigo danzar por su habitación. Ha creído que no es de buen tono presentarse antes del mediodía... Me ha dicho ésta que tiene una bata que es algo grandioso y por encima de toda ponderación... Anda, vamos; hoy será un día divertido. ¡Primer día del noviciado matrimonial!... *(A Africa.)* Ven tú también. *(Salen las tres por la izquierda.)*

JUANITA.—*(Al salir.)* ¡Dios sea con nosotras!...

ALDONZA.—¡Anda, doña Escrúpulos!...

FÉLIX.—*(De unos cincuenta y cinco años; muy "chic"; sin*

exagerados atildamientos: un verdadero "fin de raza". Entra acompañado de Tomás.) ¿Qué le acontece a mi amada sobrina? Supongo que nada desagradable...

TOMÁS.—No, señor.

FÉLIX.—¿Otra vez, señor?... ¿No sabes que soy mocito, como dicen en tu tierra?...

TOMÁS.—Perdón, señorito Félix...

FÉLIX.—Así; señorito. Soy soltero aún; joven aún, aunque me esté mal el decirlo. *(Reparando en los signos afirmativos de Tomás.)* ¿Crees tú que ya me está mal el decirlo?...

TOMÁS.—Todavía no, señorito Félix.

FÉLIX.—Gracias. Tú llegarás. La adulación discreta—y en años siempre es discreta—puede ser base de nuestra fortuna... ¿De qué hablábamos?... ¡Ah, sí!... Te pregunté si había alguna novedad que justificara los apremios de mi sobrina por verme.

TOMÁS.—Sí, señorito Félix. Me parece que hay grandes novedades.

FÉLIX.—¡Caramba!... Cuenta. O si no, no cuentes: llama a Africa, a la sin par Africa, que contigo comparte los menesteres de asistencia y servicio en esta casa. ¿Comparte algo más?...

TOMÁS.—No, señorito. Esa pica muy alto

FÉLIX.—Hace bien. Hay que volar alto. Además, puede hacerlo. Es linda, muy linda... Tiene aire fino, muy fino... En la vida de la madre de esa muchacha debió cruzarse algún cometa amoroso de alta alcurnia... ¿De qué hablábamos?

TOMÁS.—De las novedades que ocurrían aquí.

FÉLIX.—¡Ah, sí!... Llámala, llama a Africa, y que ella me refiera... Las mujeres—no te ofendas por esto—tienen un gracejo, un "sprit" para las referencias, para eso que ahora llaman graciosamente cotilleo, que jamás alcanzaremos nosotros. Además, esto ya en el terreno confidencial: me gusta Africa; me gusta mucho. Coincido con el cardenal Cisneros: creo que nuestro porvenir está en Africa. Si tuviera dinero me casaba con ella.

TOMÁS.—El señorito Félix es muy rico.

FÉLIX.—También confidencial. Te voy a revelar un secreto, que tú, como todo el mundo, conoces hace tiempo: yo no tengo una peseta. Me refería, al decir "si tuviera dinero", a ella, a Africa. *(Tomás sonríe.)* Esa sonrisa sin palabras es del mejor tono, Tomás. Anda, llámala. *(Tomás sale. Tito Félix contempla el tapiz de las armas.)* ¿Qué decís vosotras, viejas banderas, ondeando a todos los vientos, símbolo de varias fidelidades de mis gloriosos antepasados? ¿Vendrá el dinero de los

Cogolludos a dar la despreocupación precisa a vuestro rutilante esplendor?...

AFRICA.—¿Me llamaba el señorito? *(Mirando por la habitación.)* ¿No estaba solo el señorito?...

FÉLIX.—Sí, hijita... Platicaba con las banderas de mis gloriosos abuelos.

AFRICA.—Pues... el señorito dirá lo que desea...

FÉLIX.—Si te dijera lo que deseo te incomodarías. Además, como tu contestación no sería amable me incomodaría yo conmigo mismo por la torpeza de haber hablado. *(Contempla gozoso a Africa.)* ¿No me entiendes?.. Pero me estás mirando, que es lo importante cuando le miran a uno ojos tan bonitos. Los ojos de las mujeres bonitas deben mirar, mirar siempre... ¿De qué estábamos hablando?...

AFRICA.—Yo, de nada, señorito.

FÉLIX.—Es verdad. Como siempre, hablaba yo solo, y como siempre me perdí en el jardín de mis palabras. ¡Ah, sí!... Que me anunció Tomás grandes novedades en esta casa y he preferido que me las refieras tú. Cuéntame.

AFRICA.—Pues verá el señorito. La señorita Aldonza llevaba varios días como si tuviese una gran preocupación...

FÉLIX.—Eres psicóloga.

AFRICA.—No me interrumpa el señorito que me va a perder.

FÉLIX.—No, hijita; está tranquila.

AFRICA.—Por fin, anoche lo comprendimos todo.

FÉLIX.—Refieres con una emoción folletinesca.

AFRICA.—A la hora de la cena la señorita Aldonza se lo confesó todo a la señorita Juanita.

FÉLIX.—Me alarmas.

AFRICA.—¡Había decidido comenzar hoy el noviciado matrimonial!

FÉLIX.—¿Qué dices, loca?

AFRICA.—No me pierda...

FÉLIX.—No temas... Sigue, que he vuelto a los tiempos de Pérez Escrich...

AFRICA.—No piense mal el señorito. Se trata de un noviciado decente...

FÉLIX.—Aclara, hijita, aclara...

AFRICA.—Verá usted. El señorito Mariano se quiere casar con la señorita Aldonza; pero lo que se dice casarse en seguida, porque se conoce que ya está harto de que lo toreen...

FÉLIX.—Inoportuno el verbo...

AFRICA.—La señorita quiere y no quiere... Vamos, que está...

FÉLIX.—Incierta.

AFRICA.—Eso es: desconfiada. ¿Y qué dirá usted que se le ha ocurido?

FÉLIX.—Ni lo barrunto siquiera. La imaginación de mi sobrina es un Misisipí.

AFRICA.—Pues hacer como un noviciado del matrimonio. Vamos, lo que se dice tratarse en la intimidad, y no en visita, que todos nos engañamos; y si entonces se gustan, pues casarse, y si no se gustan, aquí no ha pasado nada. Claro que todo en decente. Esto no tengo yo que decírselo a usted, que mejor que yo conoce a la señorita. *(Riendo.)* ¿Sabe usted cómo le llama a esto la señorita? Pues... ver al novio en calzoncillos. *(Una pausa.)* ¿Qué le parece a usted?

FÉLIX.—¡El Misisipí!

AFRICA.—Y ya está aquí...

FÉLIX.—¿Quién?

AFRICA.—La madre del señorito Mariano, que llegó anoche en el rápido de Andalucía. Viene para darle toda la decencia al noviciado, viviendo aquí, y que la gente no pueda murmurar. Y ahora vendrá el señorito Mariano con su equipaje, y a usted le están buscando hace ocho días para lo mismo, para que venga usted a vivir aquí esa temporada. Como usted es el único tío carnal de la señorita y su único pariente, pues ya nadie tendrá que decir nada de la decencia.

FÉLIX.—¿Yo a dar decencia?... No lo dije: ¡el Misisipí!... *(Aparece doña* CAROLINA *dentro de una bata indescriptible de fantasía. Es una señora de unos cincuenta años. Tito Félix al verla.)* ¡El Misisipí!

CAROLINA.—¡Ay!... Perdón, caballero... No creí...

AFRICA.—Es don Félix... El tío de la señorita Aldonza.

CAROLINA.—Muchísimo gusto...

FÉLIX.—*(Besándole la mano en una profunda reverencia.)* A sus pies, señora... *(Africa se va.)*

CAROLINA.—Amabilísimo caballero...

FÉLIX.—¿Usted es la mamá de Mariano?

CAROLINA.—Sí, caballero.

FÉLIX.—No lo diga usted, porque no lo creerán.

CAROLINA.—*(Alarmada.)* ¿Por qué?

FÉLIX.—Porque lo achacarán a coquetería. Parece usted su hermana menor.

CAROLINA.—*(Derritiéndose.)* ¡Ay!...

FÉLIX.—¿Le ocurre algo, señora?

CAROLINA.—No, ha sido una exclamación emocional.

FÉLIX.—¿Cómo?

CAROLINA.—Emocional.

FÉLIX.—¡Ah! *(Pausa.)* ¿De modo que es usted la madre increíble de mi amigo Mariano?

CAROLINA.—Muchas gracias...

FÉLIX.—Las gracias son todas de usted.

CAROLINA.—¡Ay!

FÉLIX.—¿Qué?... ¡Ah, sí!... Exclamación emocional.

CAROLINA.—Justo. *(Pausa.)*

FÉLIX.—¿Y estuvo usted entroncada?

CAROLINA.—¿Cómo?

FÉLIX.—Entroncada. De entronque: relación de parentesco con el que es tronco de una familia.

CAROLINA.—¡Ah, ya!...

FÉLIX.—Con la ilustre casa y apellido de los Pérez de Cogolludo...

CAROLINA.—Mi marido era Cogolludo nada más.

FÉLIX.—Perdone usted, señora. En esto—aparte modestia—soy una autoridad. Su marido o sus ascendientes debieron ser Pérez de Cogolludo descendientes de la ilustre e infanzona casa de los Pérez de Cogolludo, que tenían la divisa "Dejad hacer, dejad pasar", que los franceses se apropiaron en tiempos de Napoleón, como tantas otras cosas, entre ellas casi la Europa entera, y tradujeron en *"laissen-faire", laisser-passer.*

CAROLINA.—No sé...

FÉLIX.—No le quepa a usted duda, señora; su marido o alguno de sus progenitores...

CAROLINA.—¿Cómo?...

FÉLIX.—Progenitores. De progenie: casta, generación o familia.

CAROLINA.—¡Ah, ya!

FÉLIX.—Por un descuido perdió el Pérez.

CAROLINA.—¡Bah!...

FÉLIX.—No, no desprecie el Pérez como si nada significara, señora. El Pérez es como el cero. El cero por sí sólo nada es y nada vale; pero según su colocación adquiere una formidable significación aritmética. Así le acontece al Pérez; por sí sólo nada vale, pero colocado a la izquierda es como el sol que ilumina cuanto besa.

CAROLINA.—¡Ay!...

FÉLIX.—¿Emocional?...

CAROLINA.—Ahora admirativa. *(Pausa.)* Es usted simpatiquísimo. Haremos buena amistad. Y pido su venia para retirarme. No supuse hubiera nadie aquí, y esta *tenue*...

FÉLIX.—Encantadora... No hay *habillé* en las mujeres hermosas como la *deshabillé.*

CAROLINA.—¡Ay!... *(A un gesto interrogativo de Félix.)* Emocional y admirativa.

FÉLIX.—*(Besándole la mano, sonriente.)* Encantadora... Soy yo el que se retira. Dígale a mi sobrina Aldonza que vendré a comer por el placer de departir con ustedes... A sus pies y... ¡hasta siempre! *(Hace una reverencia y sale.)*

CAROLINA.—*(Sofocada.)* ¡Jesús!... ¡Me ha sofocado ese hombre! ¡Qué finura, que galantería, qué manera de decir las cosas!... ¡Este Madrid es único!...

JUANITA.—¿Está usted sola? ¿Ha descansado usted, señora?

CAROLINA.—Admirablemente. Acabo de conocer a don Félix el tío de Aldonza... Un caballero finísimo...

JUANITA.—¿Y se ha marchado?

CAROLINA.—Pero vuelve. Comerá con nosotras.

JUANITA.—¿Usted conocía Madrid?

CAROLINA.—Sí, en vida de mi marido—que estará con Dios seguramente—, vine varias veces. Mi marido era muy bueno conmigo... Un poco dejadote, sabe usted; muy a la pierna la llana, como buen manchego... Algunos sofocones pasé aquí con el pobre mío, que ahora estará con Dios. Me hacía sufrir su excesiva franqueza. Usted ya sabe lo que es este Madrid y la gente fina de la aristocracia: los detalles es lo más importante. Son como estos pisos encerados en que la menor pelusa se destaca. Se lo decía siempre: aquí olvídate de Valdepeñas, de tus tertulias, de tus bodegas... ¡Pobre mío, que estará con Dios, fué bueno, trabajó mucho y nos dejó un hermoso capital!

JUANITA.—Ahora vendrá su hijo.

CAROLINA.—¿Llegó ya? Confieso que anoche, en la estación al encontrarme sin él, pasé un mal rato... Yo no conocía a Aldonza...

JUANITA.—Perdió el tren y no pudo llegar ayer por la mañana; ya no había tiempo de telegrafiar a usted.

CAROLINA.—¡Qué genial idea la de Aldonza de pasar esta temporada juntos! ¡Así debía de hacerse antes de todos los matrimonios! .. ¡Ay! ¡Que con las glorias de este contento mío se me van las memorias!... Voy a arreglarme...

JUANITA.—¿Quiere usted que le ayude la doncella; yo misma?

CAROLINA.—¡Por Dios, usted!... Ya sé por mi hijo que usted en realidad no es la señorita de compañía de Aldonza, sino su amiga, su antigua compañera de la infancia, casi su hermana...

JUANITA.—Aldonza es buenísima conmigo. Gracias a ella...

CAROLINA.—Lo sé; lo sé todo... Hasta luego. *(Sale.)*

AFRICA.—Ahora llega el señorito Mariano.

JUANITA.—Díselo a la señorita.

AFRICA.—Voy... *(Sale.)*

TOMÁS.—*(Entrando con varias maletas.)* Por aquí señorito... *(Tomás, que entró por la derecha, sale por la izquierda.)*

MARIANO.—*(Apareciendo.)* ¡Juanita!... ¿Qué tal, desde el verano?

JUANITA.—Bien, Mariano... Su mamá llegó anoche...

MARIANO.—Me lo figuré: no tuve tiempo de avisarla... ¿Y Aldonza?... ¿Ha visto usted la locura de este vaudeville que se le ha ocurrido a mi novia?... *(Pausa.)* Usted opina como yo, por eso calla... He intentado disuadirla; pero ya la conoce usted. No hay voluntad sobre la suya... Yo no podía negarme a que mi madre viniera, ni a venir yo... Le confieso que estoy preocupadísimo con esta chiquillada. Es tan de comedia todo esto, que mi manera de ser seria y natural, no sabe dar con postura ni palabra discreta... ¡Me parece una farsa ridícula!... *(Otra pausa.)* Usted piensa como yo, por eso calla. ¡Ah! ¡Si Aldonza fuera como usted; tuviera su reposo, su serenidad!...

ALDONZA.—*(Entrando.)* Llegó mi galán. Aquí tienes a la primera actriz de esta graciosa comedia, que podríamos titular: "Noviciado matrimonial".

MARIANO.—Cada vez me parece mayor locura.

ALDONZA.—Pues díselo a tu madre que ha calificado la idea de genial. Hemos simpatizado mucho. Tiene un carácter muy abierto... Anoche estuvimos charlando hasta las tantas. Hoy no la he visto aún.

JUANITA.—Aquí estuvo hace un momento conmigo, y antes con tito Félix.

ALDONZA.—¿Sabes que he pensado que tito Félix sea huésped también esta temporada?

MARIANO.—¿Tito Félix?...

ALDONZA.—Es mi único pariente cercano y respetable...

MARIANO.—¿Respetable?...

ALDONZA.—Sí, señor; respetabilísimo y exquisito... ¿Qué importan sus aventurillas galantes, siendo soltero; sus deudas, a las que sirvo de esponja tantas veces?... *(Juanita se retira.)* Pero está muy puesto en cosas de sociedad; es un confidente inteligentísimo... Además, me ha parecido una atención a tu madre traer con nosotros una persona de respeto. Así nadie podrá comentar nada y tus escrúpulos de hombre excesivamente serio y los de Juanita, tan seria como tú, quedan salvados. Y ahora a observarnos los dos en este original noviciado con el que podremos asegurar nuestra felicidad o evitar a tiempo nuestra desdicha. Va a resultar, después de todo lo que Juanita y tú censuráis, que la más juiciosa soy yo.

Conque... empecemos, señor novicio. Aquí nada de disimulos, de galanterías obligadas, de sonrisitas de conejo a los badilazos en los nudillos. Imagínate que estás en tu casa: manda, ordena, regaña; puedes soltar hasta alguna que otra de esas palabrotas que a los hombres se os escapan en la intimidad: muéstrate, en fin, en pijama.

MARIANO.—¡Absurdo!... ¡Perfectamente absurdo!...

ALDONZA.—Pues entonces rompamos nuestras relaciones. Para el matrimonio hay que pasar por el noviciado. Sin padres y sola en el mundo, si el matrimonio me resultaba mal no tendría ni aun el consuelo de culpar a nadie, y soy muy egoísta: no quiero responsabilidades ni conmigo misma. ¡Qué más quisieran todos los novios de Madrid que sus novias les propusieran este procedimiento! Además, esto, que parece una chifladura mía, ya está pasando a la categoría científica. ¿No has leído la serie de artículos publicados defendiendo el matrimonio condicional?... Este noviciado que se me ha ocurrido a mí puede constituir un curso de Eugenesia moral.

MARIANO.—¡Qué bestialidad!...

ALDONZA.—¿Ves? Ventajas del noviciado. Esa palabrota, en tono tan poco correcto, no te la había oído ni en el Casino de Biarritz ni en ninguno de los demás sitios donde hablábamos...

MARIANO.—Perdón...

ALDONZA.—De nada... No te reprimas... Ponte, ponte en pijama.

MARIANO.—No digas eso, mujer.

ALDONZA.—¿Schoking?... Tienes razón. ¿Ves? Ahora se me ha visto a mí el plumero...

MARIANO.—¡Qué fraseología, Aldonza!...

ALDONZA.—Pues te advierto que uso muchos terminachos de esos: ahora las niñas bien hablamos bastante mal. ¿Te convences de la conveniencia de este noviciado que empezamos hoy? Veras: aun vas a ser tú el desilusionado. ¡Menuda ganga para ti! *(Viendo aparecer a tito Félix, que trae un gran ramo de flores. Levantándose rápidamente y cogiéndole de una oreja.)* ¡Ven acá, perillán! ¿Dónde ha estado usted perdido ocho días?...

FÉLIX.—¡Hija de mi alma!... ¡Cada día más bonita!

ALDONZA.—La alegría...

FÉLIX.—Cierto; y es tan clara y tan intensa que llega a cuanto miras. Tú y tu casa sois el oasis en el desierto de mi vida. ¡Hola, Mariano!... *(Se saludan.)*

ALDONZA.—Pues para ti no tiene traza de ser tan maleja la vida...

FÉLIX.—Divertida si es; muy divertida. Sobre todo, actuan-o en ella de espectador. ¡Qué loca está la gente! Acabo de ncontrar a Pepe Mediavilla con su exigua cabellera de un erde esmeralda espléndido...

ALDONZA.—¿Verde?...

FÉLIX.—Sí; no es broma. La de Campiño le insinuó tími-amente que debía quitarse las canas. Le recomendó el "Uz-udum", un poderoso tinte, y a los dos días surgió nuestro ombre con el pelo de un caoba precioso. En vista del éxito, ultivó el "Uzcudum"; pero le acometieron unas jaquecas ho-ribles. Hizo un prudente alto en las fricciones y, al levantarse sta mañana, observó, con terror, que sus cabellos atesoraban oda la gama y jardines de la esmeralda.

ALDONZA.—¡Tiene gracia!...

FÉLIX.—Para él, ninguna. Caminaba afligido a la peluquerí el Casino para que lo raparan con el cero. Me permití obse-uiarle con un consejo. *(Aldonza le mira sonriente, haciéndole i mímica digital del dinero.)* He dicho "obsequiarle". Ade-ıás, el pobre Mediavilla no está para nada. Le dije que no ra juicioso dilapidar los últimos bienes raíces.

ALDONZA.—¡Qué flores tan bonitas!

FÉLIX.—Hoy no son para ti, hijita. Son un modestísimo omenaje a la mamá de Mariano. La conocí antes: es encan-ıdora.

MARIANO.—Muchas gracias, tito Félix.

ALDONZA.—Bueno..., ¿y no sabes nada de las novedades?

FÉLIX.—Creo que todo. Hablé antes con tu discretísima don ella. Mira. *(Llamando.)* ¡Tomás, entra eso! *(Aparece Tomás on dos grandes maletas.)*

ALDONZA.—*(Riendo.)* Veo que lo sabes todo, y que te ade-ıntas a complacer mis deseos.

FÉLIX.—Siempre. Y has sido oportunísima. Pensaba darte n sablacito, y con esta ayuda de la temporada aquí el sablazo odrá ser menor... *(Aldonza le indica que está Mariano de-inte.)* No importa. Es conveniente que se vaya haciendo a ı idea de mi indigencia decorosa, puesto que va a ser tu ıarido. Lo estoy deseando. Es tan violento tener que pedir inero a una mujer, aunque sea de nuestra sangre. Es im-rescindible y del mejor tono que las mujeres sólo nos vean ar dinero. Pudor de sexo...

CAROLINA.—*(Saliendo, con un rico traje y cargada de joyas.)* Hijo! *(Le abraza.)* Buenos días, Aldonza. ¿Les hice esperar?

FÉLIX.—*(Besándole la mano.)* Las mujeres siempre se hacen sperar por pronto que lleguen...

CAROLINA.—Pues yo suelo ser muy rápida.

FÉLIX.—Quise decir...

ALDONZA.—Ha dicho un piropo. Habrá usted observado que tito Félix es la flor de la galantería.

FÉLIX.—*(Dándole el ramo.)* Permítame usted esta futesa.

CAROLINA.—¡Oh, qué futesas más lindas!

MARIANO.—*(Volado.)* Son gardenias, mamá. *(Doña Carolina las contempla con los impertinentes.)*

FÉLIX.—Parece mentira que esos hermosos ojos precisen lentes... ¿Es usted miope?

CAROLINA.—Un poquito ope nada más.

FÉLIX.—*(Echando un capote.)* Aldonza... Acabo de ver a Lola Manzanar. Te recuerdo que están invitados a comer, y que viene con Espronceda.

MARIANO.—¿Espronceda?

FÉLIX.—Siempre le llamo así a Gerardín, a su hijo; un muchacho graciosamente anacrónico.

CAROLINA.—¡Qué bien habla usted, don Félix!

FÉLIX.—Félix nada más, señora. Permítame usted esta coquetería sobre las siete que constituyen toda mi filosofía.

CAROLINA.—¿Siete coqueterías?

ALDONZA.—Vaya, ahí se quedan ustedes. Había olvidado a Lola y a Espronceda. Voy a decir que aumenten las raciones. Ven, Mariano, a ver si te gusta tu habitación. *(Salen Aldonza y Mariano. Al salir Aldonza a tito Félix.)* Trátame bien a la suegra. Es divertida.

FÉLIX.—¡Oh, el Misisipí de la ingenuidad!... ¡Un hallazgo!

CAROLINA.—Sentémonos... Voy a ser una amiga molesta para usted. Como mis hábitos son un poco pueblerinos le nombro mi profesor.

FÉLIX.—Muy honrado, señora...

CAROLINA.—Ahora es una coquetería mía. Llámeme Calina como todos mis amigos...

FÉLIX.—Yo la llamaré Carolina, nombre de reina o archiduquesa austriaca. Claro que me refiero a la Austria anterior a las operetas.

CAROLINA.—Es usted una música hablando...

FÉLIX.—Muy amable... Pero, créame, ya escasamente me queda el compás.

CAROLINA.—Estoy curiosa por conocer sus siete coqueterías.

FÉLIX.—*Voilà!...* Primera: ser, o al menos parecer, inteligente: la inteligencia nos hace bondadosos y bien educados. Segunda: no admitir que antepongan a mi nombre ningún tratamiento; es servilismo en quien lo emplea y pedantería en quien lo admite. Tercera: no ostentar jamás una mancha en mi indumento; el que soporta una mancha al exterior, ¡cuán

tas no soportará en su conciencia invisible! Cuarta: no discutir jamás; estoy seguro de no haber convencido a nadie y muy expuesto a que me convenzan a mí. Quinta: Hablar bien de todo el mundo, aun exponiéndome a ser injusto. Sexta: no usar chalecos de fantasía. Séptima: no trabajar. *(Viendo el gesto de asombro de doña Carolina.)* No desmerezca yo, Carolina, en su concepto. Intentaré justificar esta idea arraigada firmemente en mi cerebro y practicada por mí desde que tuve uso de razón. Creo que el trabajo es un acto herético, contra Dios. El Supremo Hacedor, cuando quiso castigar al primer hombre por su desobediencia, no encontró, y cuando El no lo encontró, en su infinita sabiduría, es que seguramente no lo hay, castigo más infamante que el trabajo, y así lo condenó con estas palabras: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente." Ahora dígame usted, Carolina, Él que rechaza el trabajo y no se infama en su práctica, ¿no demuestra que es bueno, y, por lo tanto, libre del divino castigo?...

CAROLINA.—¡Es usted genial!... Pero en eso del trabajo no estoy conforme. Lo de no trabajar será porque puede usted costearlo.

FÉLIX.—Le aseguro que ni puedo costearlo ni lo costeo yo. Tampoco practico la vagancia... Observo... Miro cómo trabajan los demás... La vida como panorama espectacular es divertidísima. ¡Cuántas facetas! ¡Qué inenarrables matices!...

CAROLINA.—¡Oh, me aturde usted!... ¡Qué diferencia de esto a Valdepeñas!

FÉLIX.—Hay cosas muy interesantes en Valdepeñas...

CAROLINA.—¿Lo conoce usted?

FÉLIX.—No; pero seguramente habrá cosas interesantes: alguna torre de alguna iglesia, algún pórtico, algún escudo... Nuestros antepasados fué gente escrupulosa y repartieron con bastante equidad lo que algunos siglos después había de ser bello y artístico, y no creo que olvidarán injustamente a Valdepeñas...

CAROLINA.—Pues no recuerdo, así, nada de particular... Allí la gente, toda muy honrada, como buenos manchegos, sólo se preocupa de trabajar...

FÉLIX.—¡Pobres manchegos!...

CAROLINA.—Oiga, Félix... Explíqueme la progenitura de este escudo de los Todosventos.

FÉLIX.—*(Vuelto de espalda, señalando con el bastón.)* Verá usted... Don Nuño do Vento fué el héroe de Aljubarrota, el Napoleón portugués, como si dijéramos, de aquel memorable hecho guerrero en la Historia de Portugal. Por ello le concedieron el título de Barón y una bandera blanca—pureza, des-

prendimiento—sobre un cielo azul estrellado—ilusión, quimera—... Un hijo de este don Nuño vino a España, donde su apellido se transformó en Viento. Riñó, sabe Dios por qué con el entonces monarca Don Juan II, y al tornar a Portugal cambió su apellido en Dosventos. Más tarde, un descendiente suyo por entronque con una noble dama española en tiempo de Felipe IV y españolizarse, añadió una tercera bandera a su escudo, y el apellido glorioso derivó en Tresvientos. Después, familia eminentemente religiosa los Tresvientos, a la expulsión de los jesuítas por Carlos III volvió a fincar en Portugal, y añadió, por su retorno al portugués solar con sus grandes bienes, la cuarta bandera, y el monarca luso en aquel entonces, precavido, autorizó la transformación definitiva y previsora del apellido en Todosventos. Como observará usted, cada bandera ondea en dirección distinta.

CAROLINA.—¿Y cuándo volvieron a España los Todosventos?

FÉLIX.—En época casi contemporánea. No constan las razones. Una versión bochornosa asegura que al iniciarse la depreciación de la moneda portuguesa.

TOMÁS.—La señora Condesa del Manzanar y su hijo.

FÉLIX.—Que pasen aquí, y avisa a la señorita. *(Sale Tomás.)* Verá usted qué simpática y qué bondadosa. El chico es Espronceda cuando escribía "La Desesperación". *(Besando la mano de la Condesa.)* ¡Lola!... ¡Gerardín! *(Presentando.)* La Condesa de Manzanar; su hijo; la señora viuda de Pérez de Cogolludo, mamá de Mariano, a quien ya conocéis.

CONDESA.—Mucho gusto. *(Saludos.)*

CAROLINA.—Encantada... *(Se sientan.)*

FÉLIX.—Viene a pasar una temporada en Madrid... A conocer a su futura nuera.

CONDESA.—*(Haciendo un gesto de silencio y señalando a Gerardín, que, melancólico, pasea por el fondo de la habitación.)* ¡Por Dios, Félix!...

FÉLIX.—*(Bajo.)* ¿Sigue con el enamoramiento?...

CONDESA.—¡Oh, más que nunca!... *(A Carolina.)* Usted se hará cargo, señora... Cosas de chico joven... Mi hijo es un romántico exaltado; se enamoró de Aldonza y no ha curado todavía de las calabazas... Comprendo que haya preferido a su hijo, tan serio, tan inteligente, tan simpático...

CAROLINA.—Muy amable; muy amable, señora.

ALDONZA.—*(Saliendo.)* ¡Lola!... ¡Hola, Gerardín!

GERARDÍN.—*(Es totalmente Espronceda resurrexit. Lo recuerda en lo físico y aliño de la figura y hasta en la indumentaria, moderna, pero con reminiscencias de línea de entonces. Muy emocionado, besando la mano de Aldonza.)* ¡Aldonza!...

ALDONZA.—¿Cuándo casas a Gerardín, Lola?... Me han dicho que estás enamorado de Fifí Alvar...

GERARDÍN.—Tú sabes que no.

ALDONZA.—¡Ay!, yo no sé nada; que me registren.

GERARDÍN.—Quise decir que tú conoces mis gustos...

CONDESA.—Este hijo mío va a tener que buscar novia en un museo. ¿Creen ustedes que hay derecho a que lleve esos pelos en la cara?

FÉLIX.—Verdaderamente que ese alarde capilar es un poco anacrónico.

GERARDÍN.—Tiene usted razón: soy anacrónico; pero como no vivo para los demás. *(Derretido.)* ¿Te parece bien, Aldonza?

ALDONZA.—Hijo, tú eres el amo del burro, digo de tus mostachos y de tu mosca, y debes mandar en ellos. Ya sabes que somos de opiniones opuestas.

GERARDÍN.—*(Tras de un profundísimo suspiro.)* ¡Ay!, demasiado lo sé!..

FÉLIX.—*(Señalando a Aldonza y Gerardín.)* Sí; un siglo de distancia: mil novecientos treinta y mil ochocientos treinta.

MARIANO.—*(Entrando.)* ¿Qué tal, Condesa?... ¿Y tú, Gerardín?... *(Este le saluda de mala gana.)*

CONDESA.—Ya he tenido el gusto de conocer a su mamá. Parece su hermana, Mariano.

CAROLINA.—¡Muy amable, señora! De genio sí parezco más joven que él... *(Quedan sentados por parejas y hablan separadamente: la Condesa y Mariano, Gerardín y Aldonza, y Carolina y Félix.)*

MARIANO.—Usted que tiene autoridad sobre Aldonza, aconséjela... No basta con ser buena; hay que parecerlo.

GERARDÍN.—¡Llevaste a cabo tu locura!... ¿Pero es posible que quieras a ese hombre?...

ALDONZA.—De eso no estoy muy segura. Te lo diré a la semana de noviciado.

GERARDÍN.—Si hago una locura, a tu conciencia irá...

CAROLINA.—¡Uy, qué bonito es eso de "que tengo el corazón envuelto en un mantón de Manila"! Pero mi corazón ya...

FÉLIX.—¿Quién es capaz de averiguar la edad de un corazón?

CAROLINA.—¿Usted cree?

FÉLIX.—Entendamos por corazón el símbolo de nuestra espiritualidad. ¿Usted sabe lo que lleva vivido, Carolina?...

CAROLINA.—Mire usted, Félix: eso de la edad es un tema...

FÉLIX.—El más noble y maravilloso tema ¡Ahí es nada: el infinito!

ALDONZA.—¿Serías capaz de suicidarte por mí?...

GERARDÍN.—¿Lo dudas?...

ALDONZA.—A ti te corresponde una muerte como la de Espronceda: que creo murió ahogado por la raspa de una sardina. ¡Já, já!...

CONDESA.—Es una chica excelente... Un poco suya con las rarezas de la que no ha tenido quien dirigiera su educación... Mi hijo sigue aun enamoradísimo de ella... Ella no quiso... Hizo bien: usted es mejor partido... No me ciega la pasión de madre...

MARIANO.—¿De modo que Gerardín?... No sabía nada...

CAROLINA.—¿Y eso se llama desdoblamiento?... Explíquemelo...

MARIANO.—¿Qué quiere usted que la expliquen, mamá?...

FÉLIX.—Es tan antiguo como el mundo. Ahora algunos modernos nautas de la literatura, descubridores de Mediterráneos, lo llaman superrealismo.

CAROLINA.—¿Y usted cree en eso?

FÉLIX.—Para mí es el Evangelio. Como, en realidad, no se sabe nada de nada, lo mejor es creer esas cosas un poco absurdas, que probablemente no se demostrarán nunca.

CAROLINA.—¿Y consiste?...

FÉLIX.—¡Uf; tiene muchas facetas!... A mí lo que más me divierte es eso que llaman indeterminación metafísica del sujeto...

CAROLINA.—¿Qué es ello?

(Todos prestan atención.)

FÉLIX.—Verá: ¿usted cree que está aquí?

CAROLINA.—¡Claro!...

FÉLIX.—Pues, a lo mejor, usted no está aquí. Usted puede ser en este momento un espejismo, o una visión. O acaso no está aquí más que su forma mortal y en ella el ánima de otro sujeto, y en este instante su ánima de usted se ha mudado. Créanme ustedes: no sabemos nada. Vamos a ver, Lola: ¿crees tú que es natural en los tiempos que corremos a ciento por hora que un muchacho como tu hijo, de veinticinco años y con dinero, lleve mostacho y mosca y sea una explosión de romanticismo. ¿Quién está en tu hijo? ¿Quién vive en él?... ¡Ah, no lo sabemos! Sólo él en algunos instantes especialísimos puede presentirlo o presumirlo. Carolina, ¿usted no advirtió nunca que se desdoblaba?... ¿No se ha sentido alguna vez marchar de sí misma o regresar a sí misma?.. ¿No se ha mudado usted nunca?... ¡Ah!... ¿Por qué a veces somos capaces de los más grandes heroísmos y otras irremisiblemente cobardes?...

CONDESA.—Tú si que estás irremisiblemente chiflado...

CAROLINA.—*(Seria.)* Pues a mí me ha preocupado... Sí; me ha preocupado. Yo me he sentido ir y volver muchas veces...

FÉLIX.—Usted se desdobla, Carolina; usted se desdobla.

ALDONZA.—Pues en vista de eso, vamos a comer o a dar de comer al huésped que llevamos dentro en este momento. *(Toca un timbre. A Juanita, que aparece.)* ¿Comemos, Juanita?

JUANITA.—Venía a avisarles...

ALDONZA.—¿Vamos?... Mariano, ayúdame a hacer los honores. Da el brazo a Lola; tito Félix a doña Carolina; tú a mí, Gerardín... *(Salen la Condesa y Mariano.)*

GERARDÍN.—*(Detrás con Aldonza.)* ¡Este instante me indemniza de muchas tristezas!...

ALDONZA.—¿Ves? Si el que no se conforma es porque no quiere...

FÉLIX.—*(Saliendo el último con Carolina.)* ¡Está usted seria, preocupada...

CAROLINA.—Es que ha descorrido usted el velo de todos los misterios de mi alma, hasta hoy incomprensibles. *(Solemne.)* Yo me desdoblo, Félix; me desdoblo.

FÉLIX.—¡Será algo maravilloso el desdoblamiento de usted!

CAROLINA.—¿Por qué?...

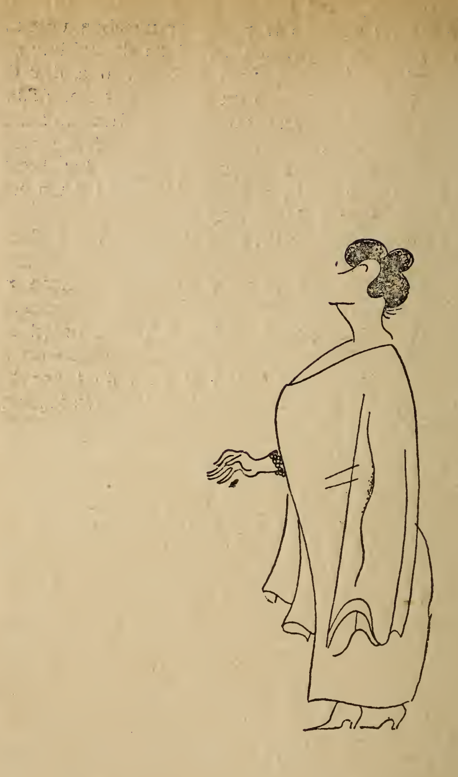
FÉLIX.—Porque surgirán dos mujeres bellísimas...

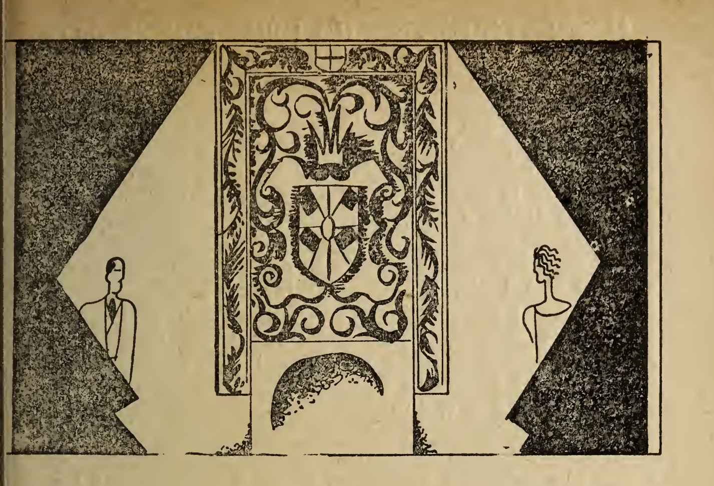
CAROLINA.—*(Derritiéndose.)* ¡Ay, qué me desdoblo!...

(Juanita sale sola tras de la última pareja.)

TELON







ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ALDONZA.—*(A Mariano, que pasea por la habitación.)* ¿No quieres *whiskey?...*

MARIANO.—No.

ALDONZA.—Te advierto que un *whiskey* a media tarde es más estomacal que el té, y desde luego, más agradable.

MARIANO.—No bebo porquerías.

ALDONZA.—Muy amable... *(Pausa.)* ¡Mi gozo en un pozo!...

MARIANO.—¿Por qué?...

ALDONZA.—Pensaba que dedicáramos un ratito para hacer balance.

MARIANO.—¿Balance, de qué?...

ALDONZA.—De nuestras dos primeras semanas de noviciado matrimonial; pero veo que no estás para nada...

MARIANO.—Te equivocas, y agradezco tu deseo: yo también quiero que hablemos.

ALDONZA.—¡Ea, pues vamos allá! Anda, toma un *whiskey...*

MARIANO.—Gracias.

ALDONZA.—Té..., tila; si estás nervioso...

MARIANO.—*(Sentándose.)* ¿Hablo o hablas?...

ALDONZA.—Tú, primero... ¡No faltaba más! *(Pausa.)*

MARIANO.—¿Estás satisfecha de esta absurda experiencia?..

ALDONZA.—Encantada.

MARIANO.—*(Desconcertado.)* ¿Sí?

ALDONZA.—Y me he felicitado muchas veces por habérseme ocurrido tan genial idea. Mira qué saldo a favor de las excelencias del experimento: llevo dos semanas muy distraída, habiendo roto lo monotonía de mi vida; he tenido ocasión de conocer y tratar a tu madre, mujer simpatiquísima y de una imaginación que para sí quisiera el marmolillo de su hijo. Estoy orgullosa de los progresos conseguidos en la regeneración de tito Félix, regeneración tardía, pero segura, porque camina de la mano del amor; he sorprendido el secreto del corazón de Juanita, y poco podré si no consigo hacerla feliz y... ¡me he encontrado a mí misma! ¿Te parece poco? Este es mi saldo a favor. ¿Y el tuyo?

MARIANO.—El mío, en contra.

ALDONZA.—Veamos.

MARIANO.—Estamos haciendo el más espantoso ridículo; ridículo que subrayan sonrisitas, frases y agudezas de los amigos. ¿Sabes lo que me preguntó el otro día un compañero? Que si me tomaban a cala como...

ALDONZA.—¿Cómo los melones?... Tiene gracia tu compañero.

MARIANO.—Para mí, ninguna. Tu tito Félix, todo lo fino y espiritual que quieras, pero que se pierde de vista; está abusando de la inocente credulidad de mi madre, no sé si con absurdos y ridículos fines matrimoniales que le pongan a flote. El imbécil de Gerardín no sale de esta casa, donde yo no puedo llamarle la atención ni darle un cachete. Además, y esto es lo más triste, temo que nuestro cariño naufrague en este ridículo *vaudeville* que se le ha ocurrido a tu fantasía de niña caprichosa y...

ALDONZA.—Termina la frase (no olvides que estás en pijama): ...y mal educada.

MARIANO.—No quise decir tanto.

ALDONZA.—Pero lo pensaste.

MARIANO.—Acaso.

ALDONZA.—Perfectamente. ¿Y tendrás valor aún de difamar este maravilloso noviciado que el Gobierno debía declarar obligatorio? ¡Sin él jamás te hubieras atrevido a llamarme ridícula, caprichosa y mal educada; sin él, yo no hubiera sabido que tu seriedad era algo más que un traje social, la esencia de tu carácter, agrio, duro, rectilíneo; en fin, que eres un hombre refractario a la sonrisa en el rostro y en el alma! Tienes razón: nuestro cariño ha naufragado, no en esta ri-

ícula fantasía, sino en la seriedad de tu carácter incompatible con el mío. Caballero, gracias por sus atenciones: el noviciado concluyó; no hay que profesar; seremos amigos, ¿verdad?... *(Se pone en pie y le tiende su mano.)*

MARIANO.—¡Vaya, otra pirueta!...

ALDONZA.—La última entre nosotros.

MARIANO.—Bueno; para broma ya está bien. Y en cuanto ese ridículo idilio iniciado por tu tío Félix, se acabó: mañana me llevo a mi madre a su Valdepeñas.

ALDONZA.—Me parece una grosería. Yo estoy encantada con u madre, y ahora que nuestras relaciones terminaron...

MARIANO.—¿Qué dices?...

ALDONZA.—*(Firme.)* Ahora que nuestras relaciones terminaron, se prestaría a muchos comentarios. Tú, si quieres, y bien abe Dios que no es despedirte, puedes hacer lo que te plazca...

MARIANO.—¿Después de esta estúpida comedia, el desaire?...

ALDONZA.—No tienes derecho a calificar así. Veo que el único entimiento en ti es el de la vanidad herida...

MARIANO.—¡Es que esto ha sido una burla!...

ALDONZA.—Yo no te he engañado. Te dije que sin conocerte fondo no me casaba, y ahora te digo que no me caso. Reconozco tus inmejorables condiciones de bondad, honradez, seriedad, trabajo; pero contigo sería la mujer más desgraciada del mundo, y tú conmigo también...

MARIANO.—Todo esto es de un mal gusto... Confío en que rectificarás.

ALDONZA.—No lo esperes.

MARIANO.—Está bien... está bien. El tonto he sido yo por prestarme a estos juegos... Mañana me iré a un largo viaje. En cuanto a lo de tu tito Félix y mi madre, si es una broma, resulta intolerable; si tiene fundamentos de seriedad, no me hace gracia ninguna.

ALDONZA.—Tito Félix es un caballero incapaz de bromas de tan mal gusto.

MARIANO.—Entonces... peor.

ALDONZA.—Pues a mí no me parecería un disparate...

MARIANO.—Más que disparate: ¡una barbaridad!

ALDONZA.—¿Por qué?

MARIANO.—Porque, porque... mi madre tiene cincuenta y dos años...

ALDONZA.—Y Tito Félix cincuenta y cinco. Una proporción lógica... Tu madre está joven aún, muy bien conservada... Tito Félix es un hombre exquisitamente educado... Yo creo que serán felices...

MARIANO.—¡No digas locuras! Eso no puede ser, y no será ¡Hasta ahí podían llegar las bromas!...

ALDONZA.—Pues chico, lo siento por ti; pero me parece qu ya no tiene remedio.

MARIANO.—¿Cómo que no tiene remedio?... ¡Pues no faltab más! Verás si lo tiene: hoy mismo hablaré con mi madr muy en serio...

AFRICA.—*(Entrando.)* Señorita... Con permiso. El señorit Gerardín está ahí. Dice que tiene necesidad de hablar con l señorita en seguida...

MARIANO.—*(Irónico.)* Mi sustituto...

ALDONZA.—*(Seria.)* Seria el más digno de ti... *(Mariano v a contestar colérico. Ella, con un gesto duro.)* No te ponga en pijama delante de la muchacha. *(Mariano sale.)* Dile qu pase; pero antes llama a Juanita. *(Mutis de Africa.)* Sí, insc portable. Definitivamente; insoportable.

JUANITA.—*(Entrando.)* ¿Quieres algo?

ALDONZA.—Sí; que presencies esta escena de ahora, que se guramente será trágica porque el protagonista va a ser Ge rardín.

GERARDÍN.—*(Entrando muy alterado.)* ¡Buenas tardes! *(Bes con un profundo suspiro la mano de Aldonza.)* ¡Hola, Jua nita!

ALDONZA.—¿Qué te trae por aquí?

GERARDÍN.—*(Torvo.)* Hablar contigo. ¡Es irremisible qu hablemos!

ALDONZA.—Siéntate y empieza.

GERARDÍN.—*(Después de mirar a Juanita y al ver que ést no se va.)* ¡Aldonza!... ¡Juanita!... *(Trágico.)* ¡No; no y mi veces no! Y me alegro que esté Juanita delante... Quiero tes tigos a mis palabras. Venía a hablar por última vez con est mujer. pero me alegro que esté usted presente.

ALDONZA.—Traquilizate, criatura. ¿Qué es ello?

GERARDÍN.—¡Y me lo preguntas! ¿Me lo preguntas tú?... D esta entrevista depende mi existencia. ¡Claro que mi existen cia, esta amarga y desolada vida mía, qué le importa a nadie

ALDONZA.—Pero, ¿qué dices?

GERARDÍN.—*(Trágico.)* ¡Tú sabes de mi locura!... ¿Le pre gunta el rayo a las nubes de dónde sale?...

ALDONZA.—Tonterías, no, Gerardín.

GERARDÍN.—*(A Juanita.)* ¡Mira, Juanita; mira cómo añad la burla al desprecio! Y perdone usted que la tutee; pero l desesperación no sabe de fórmulas sociales.

JUANITA.—*(Asustada.)* Sí, sí, tutéeme usted... Lo que uste quiera. ¡Pues no faltaba más!...

GERARDÍN.—*(Arrodillándose delante de Aldonza, deshaciéndose la chalina y mesándose los cabellos.)* ¡Aldonza: si no me quieres me suicido esta tarde misma!

ALDONZA.—*(Seria.)* Bromas estúpidas, no, Gerardín.

GERARDÍN.—¡No son bromas, no, Aldonza de mi vida!... ¡Son tres meses sin comer, sin dormir, sin vivir!... ¡Tres meses con los ojos de esta mujer clavados como puñales; con el sonido de su voz aquí, en dos oídos; el aroma de sus esencias aquí, en las narices, y unas ideas negras, muy negras, que me arañan y me escarban aquí, en el cerebro!...

ALDONZA.—¿Y yo qué culpa tengo, hijo?

GERARDÍN.—Si sabes que te adoro, que no puedo vivir sin ti...

ALDONZA.—Mira, Gerardín: tragedias, no... Esta escena es una ridiculez. *(Se levanta.)* Y lo mejor será que no vuelvas por aquí en mucho tiempo.

GERARDÍN.—*(Levantándose. Peripatético.)* Entonces... Definitivamente, irremisiblemente... ¿No me quieres?

ALDONZA.—Ya lo sabes, y es incorrecta e insoportable tu persecución y estúpido que vengas a hacerme estas escenas.

GERARDÍN.—¿Tu decisión es inquebrantable?

ALDONZA.—Sí.

GERARDÍN.—Bien. Ya está. Ya sé lo que tengo que hacer.

ALDONZA.—¡Vaya, basta de sandeces! Si tú tienes histerismo o neurastenia, yo no. No seas sandio y lárgate con tus escenas de película a otra parte. Te has enamorado de mí como de todas. No eres tú, por lo visto, el que se enamora, sino tu neurastenia. Mañana será de otra, luego de otra, como lo fué antes. Cúrate ese sarampión amoroso. Anda con Dios: lo que acabas de hacer lo perdono, pero no lo disculpo. Vete a tomar el aire, sosiega los nervios y no hagas más chiquilladas, que ya tienes veinticinco años.

GERARDÍN.—Perdóname; tienes razón. Perdóneme usted, Juanita. He sido incorrecto... Lo reconozco... No lo haré más. Les juro que no lo haré más, porque... ¡no podré hacerlo!

ALDONZA.—¿Qué dices, majadero? Merecías unos azotes...

GERARDÍN.—Perdóname... ¡Adiós, Juanita!... *(Le da la mano.)* ¡Adiós Aldonza, hasta nunca!... *(Sale.)*

JUANITA.—¡Ay, Aldonza!... Yo tengo miedo... Mucho miedo... Me da el corazón que Gerardo va a hacer una barbaridad... Ese "¡Hasta nunca!" que ha dicho...

ALDONZA.—¡Bah! ¡No hagas caso de simplezas!... *(Preocupada.)* ¡Demonio de chico!... ¡Estos tontos a veces...

JUANITA.—Yo voy a telefonear a su madre...

ALDONZA.—No te preocupes... Puede que esté ya en el Retiro

escribiendo en el tronco de un árbol el nombre del nue
amor... A lo mejor es el tuyo...

JUANITA.—*(Emocionada.)* ¿El mío? Yo aviso a su madre...

ALDONZA.—Lo haré yo para disculpar la escenita.

JUANITA.—*(Al salir con Aldonza.)* ¿Entonces tú no crees?

ALDONZA.—Veo que te has emocionado mucho...

CAROLINA.—*(Entrando con* FÉLIX.*)* No, Félix; no me deci
por ese traje... Es encantador; es un ideal, un sueño; pe
no me atrevo, no me atrevo; a los cuarenta años, ¡asómbre
usted: cuarenta!, hay que empezar a tener formalidad.

FÉLIX.—Es usted modesta hasta en sus coqueterías, y
una fidelidad para ellas...

CAROLINA.—Me quedaré con el otro: con el malva. ¡Qué gu
to, que "chic" tiene usted para los trapos!... ¡Y qué sesi
más encantadora hoy la del Museo!... Yo le vi hace años c
mi marido, que está con Dios, y confieso que no me entusia
mó... Salí cansada, mareada... Al pobre mío, que está con Di
sólo le gustó el cuadro "Los Borrachos". Por cierto que tu
una idea feliz: hizo una etiqueta para un vinillo muy valien
que tenemos, al que bautizó con el nombre de "Los borrachos
Pues mire usted, nos ha dado y nos da todavía un diner
esa marca...

FÉLIX.—¡Qué no habrá derramado sobre usted la Provide
cia! Belleza...

CAROLINA.—¡Por Dios!...

FÉLIX.—Gracia...

CAROLINA.—¡Por Dios!...

FÉLIX.—Inteligencia...

CAROLINA.—¡Por Dios!...

FÉLIX.—Buen gusto...

CAROLINA.—¡Por Dios!...

FÉLIX.—Alegría...

CAROLINA.—¡Por Dios!...

FÉLIX.—Y vino. El néctar de los dioses, que es todo e
que usted posee de una manera avara.

CAROLINA.—¿Avara, yo?...

FÉLIX.—Sí, avara... ¿No le da a usted pena? ¡Usted to
y otras desgraciadas nada!

CAROLINA.—¡A callar! ¡A callar, que es la condición impue
ta! ¡Hay que ver, hijo, cuando se descorcha usted!...

FÉLIX.—Pues aún falta el taponazo final...

CAROLINA.—¿El taponazo final?...

FÉLIX.—Sí; el del champagne de mi corazón, que salta
como un surtidor de oro, chispeante, burbujeante, en espum

illidora que se deshace en una linda canción, que dice muy ıedo:

"¡Ensueño, risas, pasión!..."

Carolina.—*(Sugestionada ya.)* ¡Félix, por Dios!... Esto es ɜmasiado... Hágase cargo que una es de barro pecador, y que) debo fidelidad...

Félix.—¿A quién?... *(Ella señala al cielo.)* ¡Ah, sí! ¡Al que ıtá con Dios!...

Carolina.—Además, me cumple una actitud seria... Tengo ı hijo que va a casarse... Aquí, después de todo, estoy en ·áctica de suegra...

Félix.—¡No pronuncie, por Dios, la palabra absurda! Esta ›queteria sí que no se la permito a usted... Quedamos el otro a en que se estaba usted desdoblando...

Carolina.—Y no es brona; estoy convencida de ello; pero) me he ido del todo de mí, y mi otra "yo" aun no llegó del ›do. Usted ha hecho el milagro de descubrirme a mí misma; ɜro la lucha, la lucha entre mis dos "yos" es horrible...

Félix.—Esos son insignificantes atavismos que se irán bo·ando. *(Muy al oído de ella.)* Carolina llegó... Está llegando... mis brazos, en cruz como la fe, van a cerrarse... *(Intenta ›razarla.)*

Carolina.—*(Conteniéndole.)* ¡Loco!...

Africa.—*(Apareciendo.)* Con permiso. *(Al ver la actitud de ·los, haciendo ademán de retirarse.)* ¡Perdón!...

Carolina.—¡Jesús!

Félix.—*(Contemplando a Africa, que apenas puede contener ı risa.)* No te rías, Africa... Estoy trabajando para ti.

Africa.—¿Para mí?...

Félix.—No sería discreto que te aclarara todos los recove›s de mi gran concepción estratégica. Soy un luchador mara·lloso, Africa, aunque nadie sepa comprenderlo. Ahora estoy ı plena actividad. De la siembra pasé al cultivo, el otoño ·aerá la sazón, y entonces... Entonces quizá pueda ofrendarte un hilo de oro con mis ensueños...

Africa.—No le entiendo, señorito...

Félix.—Más vale por el momento, y yo, feliz por haber con·mplado tu rostro juvenil, tu tez fresca, tus ojos preguntones niños... ¿Qué tendrán, Señor, las niñas bonitas, que nunca ɜ hacen antiguas, que siempre se llevan?

Africa.—¿Terminó el señorito?

Félix.—Sí, hijita; salí ya del jardín...

Africa.—*(Dándole una tarjeta.)* Este señor, que desea verle.

Félix.—¡Caramba, Ramírez; mi prestamista del alma! ¡Que

pase, que pase en seguida! *(Sale Africa.)* ¡Ramírez!... ¡Qu oportuno es este ángel bueno! *(Entra* RAMÍREZ, *el acabado tip del prestamista, pero sólo de rostro, pues viste limpio y ase do. Abrazándole con gran efusión.)* ¡Ramírez! ¡Mi ángel bu no!...

RAMÍREZ.—*(Efusivo también.)* ¡Mi señor don Félix!... ¡Cuán to tiempo sin verle!

FÉLIX.—Es verdad... ¡Déjeme, déjeme que le contemple!. Nada, sigue usted siendo la flor de la maravilla del honorab gremio del sacrosanto préstamo... Tan aseado, tan limpio, ta puestecito... Sigue usted bañándose y afeitándose a diari ¿verdad?

RAMÍREZ.—*(Sonriendo y dándole cariñosos golpecitos en l espalda.)* Sí, señor; no he olvidado sus preciosos consejos... ¡S supiera usted lo que le debo!...

FÉLIX.—¡Pues y yo a usted!...

RAMÍREZ.—*(Poniéndose serio.)* Ni una palabra de eso, m señor don Félix; ni una palabra. Si es usted capaz de supone que vengo a recordarle aquellos piquillos, me retiro...

FÉLIX.—¡Por Dios, cómo me he de suponer yo!... ¡Quié piensa en picos ni piquillos!... Nuestra amistad no tiene ari tas; es como esos amables guijarros de río afinados, suaviza dos, pulidos finamente por la caricia del agua y del tiempo. Pensar otra cosa sería ofenderle a usted.

RAMÍREZ.—Justamente. Vengo, aparte del placer de abraza le, a comprobar unas noticias referentes a usted que me ha llenado de alegría.

FÉLIX.—No sé, no sé lo que le habrán mentido de mí... Per hablemos de usted antes. Cuénteme, cuénteme su vida... H estado usted mucho tiempo fuera de Madrid, ¿verdad?

RAMÍREZ.—Sí, señor; un año en Berlín.

FÉLIX.—¡Caramba, en Berlín! ¿Pero de hormiga o de c garra?

RAMÍREZ.—De hormiga-cigarra o de cigarra-hormiga, com usted quiera.

FÉLIX.—Cuénteme, cuénteme. Usted es uno de los discípulo que más me honran.

RAMÍREZ.—Y usted el más formidable de los maestros... ¡L que le debo a usted, mi señor don Félix; lo que le debo a usted

FÉLIX.—Muy modesto, muy modesto y muy amable.

RAMÍREZ.—Usted no tiene idea de qué manera más prósper marchan ahora mis negocios, y, sobre todo, en qué tono de ale gre simpatía.

FÉLIX.—Cuente, cuente.

RAMÍREZ.—Antes mi oficio era amargo, cruel. Yo mismo tení

n aspecto repulsivo, lo confieso. Todas las mañanas había que ensar en actitudes desagradables e incorrectas... La carta re-ordatorio violenta al cliente moroso; el protesto de la letra; ejecución, el Juzgado, el embargo. ¡Era horrible!... Parecía no la fiera carnicera. Después, aquel dinero, ni una sola vez evuelto con agrado y cortesía, siempre extraído con fórceps udiciales, parecía maldito, porque me decía: ¿Puede este di-ero amargo y cruel invertirse en nada agradable y alegre? o, no era posible; era zumo de violencias, y, ¡claro!, volvía a alir de la caja iracundo, con los más perversos instintos, y us salidas eran de bandolero...

FÉLIX.—¡Mucho, mucho!...

RAMÍREZ.—¡Y usted fué mi salvador, ni providencia!

FÉLIX.—Yo aprecié en usted, en su vida, la tragedia sorda el usurero y quise salvarle.

RAMÍREZ.—He referido muchas veces su admirable lección. Por qué envilecer el dinero?... ¡Que cumpla su caritativa fun-ión social de circular, pero de una manera grata! El cliente uedará agradecido, y al devolverlo, como ya será nuestro ami-o, lo hará con placer, con alegría...

FÉLIX.—Cierto, esas fueron mis palabras. Siempre profesé na gan admiración por el prestamista: el más caritativo de uestros semejantes. ¿Cuándo acudimos a él? Cuando nuestros amiliares y nuestros amigos nos repudian ya. ¿Qué exige de [illegible] 'dinero? Pues su mismo dinero y unas uantas monedas o billetes más, débil correspondencia por nues-ra parte, puesto que van siempre acompañadas de la difama-ión, del ridículo, de la injuria, del epigrama, de la columnia... o vi siempre que el problema era sólo un problema de estéti-a y de higiene. No se puede reclamar dinero de nadie usando arba, con las uñas negras, con el traje lleno de manchas, re-egando cobardemente de la profesión al afirmar que sólo se es n modesto agente...

RAMÍREZ.—¡Justo, justo!

FÉLIX.—Había que lavar al dinero y al prestamista. *Eco il roblema.* ¿No dijo San Francisco de Asís "Hermano lobo"?... Por qué no decir "Hermano usurero"?

RAMÍREZ.—Así es, y yo he llegado en ese aspecto a lo in-reíble, a lo maravilloso... Cambié mi físico, rasurándome por ompleto, y haciéndome un magnífico *trousseau*, comencé a fre-uentar espectáculos y sitios de recreo hasta los más alegres; saludaba con afecto efusivo a mis deudores, alternaba con ellos, los convidaba, y al poco tiempo, en vez de huirme, hoscos, cuando me encontraban en la calle venían a mí con los brazos abiertos. Ya no era el odiado prestamista: era el amigo pro-

videncial, y ello me valió inmejorables clientes y suculentos negocios.

FÉLIX.—¡Muy bien: suculentos! ¡Que gráfica mesura en el adjetivo!

RAMÍREZ.—¡Muchas gracias! Durante bastante tiempo he tenido una alegre tertulia en un colmado... ¡Qué chicos más simpáticos! A todos les presté dinero y con todos alternaba y bebía y nos íbamos de juerga... ¿Querrá usted creerlo? Todos me pagaron, y antes de marchar a Berlín me despidieron con una opípara cena, aderezada con champagne y niñas amables y bonitas... Mire usted: aquella noche sentí la sensación más extraña de mi vida; una sensación que jamás pude yo presumir: el dolor y la pena de no poder gastar ni un céntimo pues era condición que había de ser el obsequiado. ¡Si me dicen eso a mí hace tres años!

FÉLIX.—¡Bravo; es usted admirable!

RAMÍREZ.—Para admirable mi reciente hazaña. Pablito Olivar estaba en las últimas; en fin, convertido en un Peñón de Gibraltar... Comprendí que me rondaba y, sin titubear, le salí al encuentro. Quería.., nada..., una insignificancia: cinco mil pesetas para marcharse de España. ¡Se las di! Y... mano de santo. Nos fuímos a Berlín; y allí lo tiene usted de director de una fábrica y casado con la hija del gerente. Una muchacha preciosa y cargada de millones. ¿Qué le parece a usted? Yo he sido su padrino de boda.

FÉLIX.—¿Y cuánto le costó a usted la restauración de Pablito Olivar?...

RAMÍREZ.—No mucho. Su deuda llegó a los cuarenta mil duros. Vivíamos bien, no nos privamos de nada, se hicieron los gastos de boda...

FÉLIX.—¿Y canceló?... *(A un gesto de desgrado de Ramírez.)* ¡Perdón! Estoy torpe de léxico. ¿Agradeció?...

RAMÍREZ.—Sí; muy cariñosamente, como un hermano: me regaló cien mil duros y en forma delicadísima. Cuando nos separamos lloraba.

FÉLIX.—Y a mí se me están saltando las lágrimas... *(Abrazándole.)* Es usted una Hermana de la Caridad. Ha hecho usted un sacerdocio de la usura.

RAMÍREZ.—¡Gracias!... Muy amable. Bueno, y hablemos de

FÉLIX.—¡Cuánta delicadeza!... Hasta en la expresión. El verbo deber en sus labios con tal frecuencia es el Jordán.

RAMÍREZ.—¡Gracias! A usted se lo debo.

usted. Me han asegurado que modificó usted sus hábitos, que vive aquí con su sobrinita una vida ejemplar y... ¡que va usted a casarse!...

FÉLIX.—*(Solemne.)* Usted es mi amigo del alma...

RAMÍREZ.—Eso quiero.

FÉLIX.—Yo le juro que lo será. Le confesaré que hay algo de cierto en todo eso. Circunstancialmente, vivo con mi sobrina. La modificación de mis hábitos obedece más bien a falta de pólvora...

RAMÍREZ.—*(Levantándose rápidamente e intentando sacar la cartera.)* ¡Don Félix!

FÉLIX.—*(Cortándole la acción con un patético abrazo.)* ¡Espere! Y en cuanto a mi matrimonio, algo me revolotea por el magín... A mi edad es una juiciosa solución; pero ya conoce usted mi delicadeza: ella es rica, muy rica... *(Ramírez hace ademán de volver a sacar la cartera, acción que vuelve a cortar Félix con otro patético y mudo abrazo.)* Tengo que pensarlo y precisaré antes ineludiblemente para el imprescindible decoro de los prolegómenos... *(El mismo juego de la cartera y del abrazo.)*

RAMÍREZ.—¿Usted no me habrá hecho la ofensa de pensar en otra persona?...

FÉLIX.—¡Por Dios! Tiene usted muchas pruebas de mi deferencia a usted.

RAMÍREZ.—Cierto. Pues cuente usted con todo lo preciso y más... No regatee, no escatime... Me convierto en su inseparable, hasta verle a usted feliz. ¿Acepta mi alianza?

FÉLIX.—¡Con cincuenta mil amores!...

RAMÍREZ.—¡Gracias! ¿Y ahora, de momento?...

FÉLIX.—No es puñalada de pícaro...

ALDONZA.—*(Entrando.)* Perdón. No sabía...

FÉLIX.—Mi sobrina, la baronesa de Todosventos... Mi amigo del alma, don Felipe Ramírez, un gran filántropo...

ALDONZA.—Mucho gusto...

RAMÍREZ.—A sus pies...

FÉLIX.—Hace mucho tiempo que deseaba conocieras a este gran amigo.

ALDONZA.—Pues siendo tan amigo de mi tito Félix ya lo es usted mío... Con todas sus granujerías se hace querer, ¿verdad?

RAMÍREZ.—A él le debo...

ALDONZA.—*(Asombrada.)* ¿Le debe usted a él?...

RAMÍREZ.—Todo el éxito en mis negocios, que él me hizo revolucionar, y el haber alegrado mi vida.

ALDONZA.—Eso sí, es unas castañuelas, y como es tan inteligente..

FÉLIX.—¡Me sonrojaréis!... ¿Tienes convidados esta noche, sobrina?

ALDONZA.—No.

FÉLIX.—¿Quieres invitar a mi amigo?

ALDONZA.—No faltaba más: encantada...

RAMÍREZ.—El encantado soy yo, señora...

FÉLIX.—Señorita.

RAMÍREZ.—Perdón...

ALDONZA.—¡Por Dios!... *(Al ver aparecer a* AFRICA.) Con permiso... *(Habla aparte con Africa.)*

MARIANO.—*(Entrando con su madre.)* Bien, mamá; dejemos ese tema tan poco grato...

FÉLIX.—*(Presentando.)* La señora viuda de Pérez de Cogolludo..., su hijo Mariano. El gran filántropo y amigo del alma don Felipe Ramírez... *(Saludos. Mariano queda hablando con Aldonza. Africa hace mutis. Félix, Ramírez y Carolina forman grupo.)*

JUANITA.—*(Entrando muy azorada y dirigiéndose a Aldonza.)* ¡Buenas tardes!... ¡Perdón!... Aldonza: acabo de hablar por teléfono con la condesa... Con la madre de Gerardo... No sabe nada de él y está muy preocupada, porque acaba de enviarle un continental...

ALDONZA.—¿Por eso?...

JUANITA.—Es que en el continental se despide... Dice que se va...

ALDONZA.—Pues buen viaje.

JUANITA.—Está muy afligida.. Yo también...

MARIANO.—Ese títere...

GERARDÍN.—*(Apareciendo, muy pálido.)* ¡Hola!

JUANITA.—*(Suspirando.)* ¡Ay, gracias a Dios!

ALDONZA.—¿Qué simpleza le has escrito a tu madre para preocuparla?

GERARDÍN.—Lo siento. *(Solemne.)* ¡Aldonza! Vengo a morir delante de ti.

MARIANO.—*(Airado.)* ¡Majadero!

GERARDÍN.—*(Después de mirar despreciativamente a Mariano y sacando una botella del bolsillo.)* Acabo de beberme esta botella de láudano.

TODOS.—*(Espantados.)* ¿Qué?...

JUANITA.—¿Qué dices?

GERARDÍN.—¡Lo juro por la salvación de mi alma!

JUANITA.—¡Jesús! *(Todos se acercan a Gerardín, que se desploma en una silla.)*

GERARDÍN.—*(Lívido, oprimiéndose el vientre.)* Ya comienzan los efectos... Atonía en el vientre... Desmayo general... Bienestar...

CAROLINA.—¡Qué horror! ¡Qué tragedia!...

FÉLIX.—¡Qué majadería!...

RAMÍREZ.—*(A Félix.)* ¿Ha sido por aflicciones económicas?
ALDONZA.—Pero... ¿es cierto?... ¿Es verdad?...
GERARDÍN.—*(Con gran resignación, mientras Juanita, arrodillada a su lado, llora desconsoladamente.)* Sí; me he bebido toda esa botella de láudano al subir por la escalera... *(Muestra la botella en la que resta un poco de líquido. Mirando a Aldonza.)*
MARIANO.—Voy a la Casa de Socorro a traer un médico. *(Sale precipitadamente.)*
JUANITA.—*(Llorando.)* ¡Gerardo!... ¡Gerardín!... ¿Por qué has hecho eso?...
CAROLINA.—¡Un sacerdote!...
RAMÍREZ.—Yo... Yo voy a la parroquia... *(Sale corriendo.)*
CAROLINA.—*(Que forma grupo con Aldonza y Félix.)* ¡Pobre, qué pálido está! Se acaba... Se va con Dios...
FÉLIX.—Un poco de calma; no nos volvamos locos... Acaso sea una falsa alarma...
GERARDÍN.—Esto no tiene remedio... He bebido toda esa botella... Los síntomas son inconfundibles...
ALDONZA.—¡Yo no soy culpable!...
CAROLINA.—Con Dios... ¡Se va con Dios!
JUANITA.—*(Desolada.)* ¡Gerardo! ¡Gerardín!...
FÉLIX.—¿Pero quién ha sido el boticario criminal?
GERARDÍN.—Un íntimo amigo...
FÉLIX.—¿Quién es?
GERARDÍN.—No revelaré su nombre.
ALDONZA.—¡Qué horror!
CAROLINA.—Pero hagámosle algo... *(Todos hacen sonar timbres. A Tomás.)* ¡Aceite! *(Tomás vuelve con un vaso con aceite. A Africa.)* ¡Té! *(Ella, atolondrada, lleva un vaso de agua. La mesa, al lado de donde está Gerardín, se va llenando de vasos y tazas.)* ¡A ver si reacciona!
FÉLIX.—¡Calma!... ¡Calma aún! No vaya a ser una tontería de éste...
GERARDÍN.—¡La última tontería, Félix!... Comprendo que no debí venir a morir aquí... Debilidad de suicida... Perdonadme. *(Señala a Aldonza.)*
ALDONZA.—¡Sí!... ¡Te perdonamos!...
JUANITA.—*(Cogida a la mano exangüe de Gerardín.)* ¡Gerardín!... ¡Pobre Gerardín!... ¡No te mueras!... ¡Yo te quiero mucho!...
GERARDÍN.—*(Volviéndose a Juanita.)* ¡Juanita!... *(Contemplándola.)* ¿Lloras por mí?... ¿Por mí, a quien ninguna mujer ha querido?
JUANITA.—*(Entre lágrimas.)* ¡Sí!...

GERARDÍN.—*(Exaltado.)* ¿Tú me quieres?... ¿A mí?... *(Gritando.)* ¡Yo no quiero morir ya!... ¡No quiero morir!... ¡Que venga un médico!

MARIANO.—*(Entrando jadeante con el médico.)* ¡Aquí está el doctor!...

EL MÉDICO.—Buenas tardes. Vamos a ver... *(Acercándose a Gerardín.)* ¿Fué láudano, según me ha dicho este señor? *(Examina detenidamente a Gerardín. Todos guardan silencio con gran ansiedad.)* ¿Cuánto tiempo hace que tomó usted el láudano? ¿Cuánta cantidad?

GERARDÍN.—*(Con voz desfallecida.)* Este frasco lleno. ¡Sálveme usted, doctor!... Hará un cuarto de hora... ¡Sálveme usted, doctor!...

EL MÉDICO.—*(Asombrado.)* ¿Un cuarto de hora?... *(Mirando el frasco.)* Esta cantidad de láudano debe matar instantáneamente. A ver... *(Coge el frasco y lo examina.)* Esto no parece láudano...

GERARDÍN.—Láudano buenísimo, auténtico... Me lo ha dado un amigo farmacéutico de toda mi confianza...

EL MÉDICO.—*(Extrañado.)* ¿Un farmacéutico?... ¿Y usted qué siente?

GERARDÍN.—*(Como si repitiera una lección de memoria.)* Frío, laxitud, espasmos intestinales... ¡La muerte, en fin! ¡Sálveme usted, doctor!

EL MÉDICO.—Es extraño... *(Vuelve a oler el frasco y bebe las gotas que quedan.)*

TODOS.—¡Ay!...

EL MÉDICO.—*(Asustado.)* ¿Qué? *(Después de una pausa.)* Esto no es láudano... Más bien parece zarzaparrilla.

TODOS.—¿Eh?...

GERARDÍN.—*(Renaciendo.)* ¿Eh?... ¡Oh, inconmensurable Jorgito! *(A la muda interrogación de todos.)* Sí, Jorgito; mi amigo... Sí, yo noté sabor a zarza cuando lo bebí, pero como nunca me había envenenado con láudano... *(Poniéndose en pie.)* ¡Sí, ya estoy bien!... Todo debe haber sido sugestión. *(Todos le contemplan regocijados.)* Nada... Que estoy bien... Perfectamente... *(Explosión de alegría en todos. De pronto se pone más pálido y vuelve a desplomarse sobre la silla.)*

TODOS.—*(Acudiendo.)* ¡Ay!...

EL MÉDICO.—*(Después de examinarle.)* No se alarmen... No es nada. La depresión. El susto que ha pasado. El miedo. Nada; no tiene importancia. A la cama con él; reposo, agua de azahar y nada más. Enhorabuena y buenas tardes. *(Sale. Todos respiran y se atropellan en los comentarios.)*

MARIANO.—¡Imbécil!... ¡Es para matarlo!...

El Sacerdote.—*(Entrando fatigadísimo con* Ramírez *y quedando parado en el centro de la escena contemplando a Gerardín, que parece un cadáver. A Ramírez.)* Subió al cielo... *(Los demás no han visto al Sacerdote y continúan el coro de injurias alrededor del presunto cadáver.)*

Mariano.—¡Idiota!...

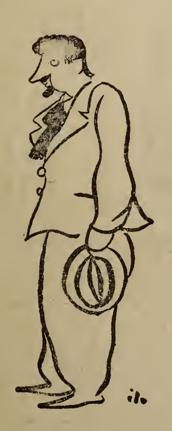
Aldonza.—¡Majadero!...

Félix.—¡Cursi! ¡Ridículo!...

Carolina.—¡Estúpido!...

El Sacerdote.—*(A Ramírez, que está estupefacto. Santiguándose.)* ¡Qué impiedad, Dios mío!

TELON







ACTO TERCERO

huerta-jardín de la Casa de Campo de Carolina, en las proxidades de Valdepeñas. Al foro la fachada y entrada de la casa. la derecha, tapia que se aleja. A la izquierda, verja con la puerta entrada. Es un atardecer de fin de verano, seis meses después del acto anterior.

DAMIÁN.—*(Un manchego como de unos cincuenta años, llate, franco y simpático. Es el mayordomo de Carolina, con nores de administrador. Sentado en una mecedora lía paicamente un cigarro. A su hija Felipa, que trajina por el dín, limpiando.)* Descansa ya, hija, que no paras un monto desde que Dios amanece...

FELIPA.—*(Muchacha de unos veinte años. Mitad menestrala, tad señorita.)* Es que no tiene usted idea de cómo dejan o las gallinas. Quisiera saber yo quién las suelta por aquí...

DAMIÁN.—Pues vas a saberlo, hija: las suelto yo, porque las brecillas se van a apolillar en el gallinero.

FELIPA.—Pues mire usted cómo ponen esto...

DAMIÁN.—Peor es que no pongan huevos.

FELIPA.—Pues al encerrarlas se me ha escapado una. Por uí, por este lado de la tapia saltó.

DAMIÁN.—Ya volverá. A pesar de la mala fama que les da son buenas... *(Pausa.)* ¿Entodavía están en la siesta?

FELIPA.—No creo. La señora salió hace poco con don Féli

DAMIÁN.—¡Qué señor más cumplido este don Félix!

FELIPA.—Para la noria iban... La señorita Aldonza...

DAMIÁN.—¡Persona fina, si las hay, es esa señorita!

FELIPA.—En el comedor estaba charla que te charla con Coplero.

DAMIÁN.—Te tengo dicho que no le llames el Coplero a d Acacio.

FELIPA.—No se lo llamo más que cuando hablo con uste Pues a él, un día que se me escapó y se lo dije, le hizo gracia Y Coplero ha sido, de esos que escriben versos y cuentos y yendas en papeles y libros...

DAMIÁN.—Eso habrá sido, y nada tiene de malo, aunque sea conveniente; pero desde que cayó en Valdepeñas no es m que el encargao de las bodegas de la señora... *(Pausa.)* El q es simpático y buenazo y generoso de verdá es el amigote don Félix: el señor Ramírez... Esta tarde volvió a ofrecer dinero...

FELIPA.—Sí que es muy mirao y muy simpático... Bueno, p dre, ¿y se puede saber a qué ha venido aquí todo ese bullic de gente madrileña?

DAMIÁN.—Sin preguntar ná, por lo que me dijo la señora lo que he pescao, creo que estoy al cabo de la calle...

FELIPA.—*(Sentándose al lado de Damián.)* ¡Cuente ust cuente usté, padre, porque yo estoy hecha un lío!...

DAMIÁN.—La señora, como sabes, estuvo en Madrid pa el vierno en la casa de la señorita Aldonza, que para aquel tonces iba a ser su yerna...

FELIPA.—Nuera, padre.

DAMIÁN.—Bueno, nuera. Vino el rompimiento de los vios, y, claro, como ella es tan finísima, y más finísima a desde que estuvo aquella temporada en Madrid, creyó que más fino era devolverle el obsequio a la señorita Aldonza convidarla aquí a su finca...

FELIPA.—Y esto traerá emparejao el arreglo del señor Mariano y la señorita Aldonza, y to acabará en boda...

DAMIÁN.—Me parece que no irá el agua por ese corte de acequia.

FELIPA.—Bien, ¿pero por qué ha venido tanta gente?

DAMIÁN.—Porque en la vida, como en to, cada cosa tira otra, y la señorita Aldonza tiró de don Félix, que es talme como su padre, y de la señorita Juanita, que es amiga y hu

ıa de toda la vida y como la escopeta, ahora le dicen así, de señorita Aldonza, y don Félix tiró del señor Ramírez, que, ,ún dice éste, son como hermanos...

ᶠELIPA.—¿Pues sabe usted lo que yo veo? Que el que ha ıo de toos es el aquel de matrimoniar. La señorita Aldonza ne para ver si se matrimonia con el señorito Mariano.

)AMIÁN.—Me parece que están verdes, y que a ése no lo en [illegible] su París...

ᶠELIPA.—Don Félix viene a matrimoniar con la señora, y el or Ramírez... ¡Si yo quisiera!...

)AMIÁN.—¿Qué dices?

ᶠELIPA.—Eso. Y no son figuraciones mías...

)AMIÁN.—¿Estás loca, Felipa? Un señor rico, tan principal. npiate las telarañas del magín.

ᶠELIPA.—Pues casi, casi, me lo ha dicho ya...

)AMIÁN.—¿A ti?

ᶠELIPA.—Y aquí mismo.

)AMIÁN.—No seas burra...

ᶠELIPA.—Y además, don Félix, que debe saber o barruntarse intenciones del señor Ramírez, me dijo.. ¿Cómo me dijo? as palabras mu finas y almibarás... ¡Ya me acuerdo! El or es como el agua; desbordá, todo lo iguala... Eso quiere ɛir...

)AMIÁN.—Eso quiere decir que tu pobretica madre, que esté gloria, y yo no debimos destetarte con leche de burra...

ᶠELIPA.—*(Casi llorando.)* ¡No diga usted eso, padre! El otro lo dijo usted como gracia delante de la señora y me dió un oco. Llorando me salí del comedor.

)AMIÁN.—Es que es verdad, hija. De pronto se te ocurren ıs cosas que son burrás, y yo tengo que achacarlo a la leche burra, porque la pobretica de tu madre era un talento, y yo, ıque soy parao, na tengo de tonto... *(Pausa. Acariciando a lipa, que está ofendida.)* Mira si fuera verdá... ¡Dios lo hira!... Porque el señor Ramírez aun está en buena edad, y ece persona honrá y de buenos sentimientos...

ᶠELIPA.—*(Sin enfado ya.)* Don Félix dice que no se dedica s que a las obras de caridá. Dice que es... ¿Cómo es la pa ra?...

)AMIÁN.—Yo también se la tengo oída y no la había oido nca... Fila... Fila... ¡Filatrompo!

ᶠELIPA.—Y eso, ¿es carrera u oficio?

)AMIÁN.—Vete a saberlo; pero si consiste en dar dinero, no parece, a mí se me antoja cosa buenísima; de lo que no

se estila. *(Viendo aparecer a* RAMÍREZ, *que sale de la cas*
¡Calla!

RAMÍREZ.—¿Pláticas familiares?...

DAMIÁN.—Sí, señor... Un poco de eso... Voy pa el cami
que ya estarán al llegar las bestias con la uva.

RAMÍREZ.—*(Sentándose en la mecedora.)* Vaya con Dios, bu
Damián.

DAMIÁN.—*(Al salir, a Felipa.)* ¡Mucho cuido. mucha dec
cia y que... *(Sale.)*

RAMÍREZ.—*(Se dispuso a leer, pero mirando de vez en ve
Felipa, que de un sitio a otro, sin hacer nada, intenta coq
tear.)* Ya se puede estar aquí...

FELIPA.—¡Y tan a gusto!

RAMÍREZ.—¿Ustedes viven siempre en el campo?

FELIPA.—Cuando viene la señora y ahora, en el tiempo de
vendimia...

RAMÍREZ.—*(Poetizando, no sin gran trabajo.)* ¡La vendim
¡Oh, la vendimia!... A todo en la vida le llega la sazón.

FELIPA.—Sí, señor; y las uvas con la final de los calores...

RAMÍREZ.—Cierto, con la proximidad del otoño; con la
cindad de los fríos...

FELIPA.—*(Sin comprender, naturalmente, y queriendo ag
dar.)* ¡Natural!...

RAMÍREZ.—¡Qué sabia es la Naturaleza!...

FELIPA.—¡Así será!

RAMÍREZ.—Y los humanos queriendo eludir sus leyes...

FELIPA.—Cuando usted lo dice...

RAMÍREZ.—Los días que llevo aquí, yo no había estado nu
en el campo, han trastornado mis ideas...

FELIPA.—*(Ruborosa y coqueta.)* ¡Muchas gracias!... ¡Es
ted mu fino!...

RAMÍREZ.—¿Tiene usted novio, Felipa?

FELIPA.—No, señor; ni lo he tenido...

RAMÍREZ.—*(Acercándose a ella.)* ¿Y tiene ganas de ello?

FELIPA.—¡Jesús, qué cosas me pregunta usted!

RAMÍREZ.—A su edad es lo natural, lo lógico...

FELIPA.—Si me mira usted así... me va a saltar lumbre
las mejillas... *(Azorada mira hacia la derecha, por donde c
tinúa la tapia. Gritando.)* ¡"Coral"!... ¡Fuera!...

RAMÍREZ.—¿Quién es "Coral"?

FELIPA.—Ese maldito gallo colorao, que es una fiera...
se ha escapao del gallinero...

RAMÍREZ.—¡Hermoso animal!

FELIPA.—Es medio salvaje.

RAMÍREZ.—Y feliz con sus gallinitas.

FE..PA.—Y muy enamorao... No se puede traer otro gallo... s ha matao ya.

RAMÍREZ.—*(Muy tierno.)* Son muy amorosos los animales, rdad?

FELIPA.—Usted sabrá...

RAMÍREZ.—Poco sé, Felipa, poco sê, y quisiera saber, para acabar de perder el tiempo. *(Pausa.)* ¿Ya no me dices la?... *(Azorado, sin saber qué decir tampoco, mira hacia el linero.)* ¡Qué bárbaro, Coral!... Le está dando picotazos a pobre gallinita...

FELIPA.—Eso son caricias...

RAMÍREZ.—¡Qué felices son los animales!...

FELIPA.—Usted sabrá...

RAMÍREZ.—*(Decidido.)* Felipa... Si yo te dijera una cosa...

FELIPA.—*(Riendo estúpidamente.)* Ya me la barrunto...

RAMÍREZ.—¿No te da envidia de Coral y de esa gallinita?...

FELIPA.—Eso... Eso... ¡Voy a encerrarlos!... *(Sale corriendo.)*

FÉLIX.—*(Entrando por la verja.)* Nada, que la Naturaleza y no congeniamos...

RAMÍREZ.—*(Muy satisfecho.)* ¿Qué?... ¿Cómo va eso? ¿A cien por hora?... *(Contemplando a Félix, que se ha dejado caer mayadamente en una butaca.)* No le reconozco, mi admira- amigo... Le encuentro triste y, lo que más me alarma, si- lioso... Apenas habla usted... ¿Qué es ello?

FÉLIX.—Anonadamiento, asombro. A mi edad, ya es difícil nbrarse nada, pero una vez asombrado...

RAMÍREZ.—¿Causa de ello?...

FÉLIX.—¡Lo imprevisto!... No somos nada ¡Absolutamente a!... ¿Quién había de decirme a mí, a mis años, con todo orrido, trotado y galopado, que yo?... ¡No somos nadie!...

RAMÍREZ.—Termine usted...

FÉLIX.—¿Y quién es el valiente que se atreve a la más leve nación?... ¡Oh, lo imprevisto, lo imprevisto!... Nos rodea, alpable como el aire, y nos gobierna.

RAMÍREZ.—Pero ¿se puede saber...?

FÉLIX.—No hay duda... Un enjambre de geniecillos burlo- brinca alrededor nuestro, y se complacen y se divierten trocando nuestras ideas con sucesos insospechados que mpen anárquicamente en nuestra vida... Eso es lo impre- o, querido amigo, y nosotros, todos, sus esclavos. Ya lo no sé qué héroe literario: "Como las moscas somos los ıbres para los dioses: nos matan por distraerse." Nada, la vida equivocado, querido Ramírez. El mundo está go- ıado por lo imprevisto.

RAMÍREZ.—Y esas reflexiones tan profundas, ¿a qué (decen?

FÉLIX.—Son hijas de mi asombro; y asómbrese usted: yo, ¡estoy enamorado!

RAMÍREZ.—Y yo, yo, también.

FÉLIX.—*(Asombrado.)* ¿Eh?...

RAMÍREZ.—Sí, usted es el único que no debe extrañarse. franciscanismo usurario derivó a lo amoroso... Mi cora: seco tanto tiempo, es hoy como una esponja ávida de las r húmedas ternuras...

FÉLIX.—¿De mi sobrina?

RAMÍREZ.—Su sobrina también me parece enamorada de manera imprevista y de un hombre imprevisto.

FÉLIX.—¿De...?

RAMÍREZ.—No hay otro... De don Acacio.

FÉLIX.—¡Caray!... Entonces, ¿usted, de Juanita?

RAMÍREZ.—¡Por Dios! Esa está loca por Gerardín, el im visto suicida...

(En este momento cruza la escena, entrando en la casa. lipa, que al pasar se tima ruborosamente con Ramírez, la sonríe embelesado.)

FÉLIX.—*(Conteniendo la risa.)* ¡Ya!

RAMÍREZ.—¿Eh? ¿Qué le parece a usted? *(Félix revienta risa.)* ¡Un hallazgo!... Ingenua, sana, joven... Con un no qué agrio y montaraz que me seduce... ¡Un verdadero hallaz

FÉLIX.—¡Pero, Señor, esto es una epidemia de locura!...

RAMÍREZ.—¿Le parece a usted una locura?...

FÉLIX.—¡De ningún modo! Los geniecillos burlones m dan... *(Pausa.)* Es interesante el espectáculo. Una exager previsión de mi sobrina, desde luego por previsora fracas ha traído este incongruente montón de sucesos... Y cosa personas bailamos la gran zarabanda... Es curioso, muy rioso... Aquella comedia, trazada con la mayor y más disc lógica, termina bruscamente con el rompimiento y la mar de Mariano... Mi broma amorosa con Carolina y mi deci de matrimoniar, con fines no más que financieros, se pre en un cañamazo sentimental para el que me consideraba munizado... Usted, un contumaz de la usura, vuelca todo franciscanismo en una paletilla campestre sin dos peset La Baronesa de Todosventos, muy siglo veintiuno, se ena ra del hombre aventurero y desconocido. Al socaire de un cidio sainetesco, dos corazones lanzan un rugido de pasi(Lo que era verdad y era lógica, y sensatez, y cordura evapora en unos instantes: lo absurdo, lo incongruente que no hubiera inventado la más desatada imaginación

previsto, en fin, surge de pronto diabólicamente, arma un ›ladillo absurdo, y en él bailamos todos como los dioses ieren... ¡Interesante, curiosísimo!... La vida es más siempre, mpre... Y no le quepa a usted duda: esta comedia que ha nenzado aquí es la que tendrá desenlace, y desenlace clá- o de comedia, o de comedia clásica, con una, con dos, con s, con cuatro bodas...

En este momento se oye la bocina de un auto y el ruido motor del coche, que para cerca.)

AMÍREZ.—¿Quién será?

ÉLIX.—Un párroco, dos párrocos, tres párrocos... ¡Un *auto* io de párrocos!

LDONZA.—*(Saliendo de la casa, seguida de* ACACIO, FELIPA UANITA.*)* ¿Quién viene?

AROLINA.—*(Entrando.)* ¡Si es Gerardín! *(Saludando a Ge- dín.)* No hay quien le conozca...

ERARDÍN.—*(Que entra absolutamente transformado. No a bigote ni mosca. Viste elegantísima y modernísimamente. su voz y gesto explota el optimismo y la alegría. Parán- e en el centro de la escena.) ¡Voilá!...*

ODOS.—¡Gerardín!

ERARDÍN.—¡Sí, yo! Rozagante, alegre, feliz, optimista. Como acabara de nacer. *(Saludando a uno por uno.)* ¡Juanita de alma!... ¡Carolina!... ¡Aldonza!... *(A Felipa.)* ¡Señorita!... to Félix!... ¡Ramírez!... *(A Acacio.)* ¡Caballero!... *(Habla 10 tira una ametralladora, sin dejar meter baza a nadie.)* madre, regularcilla; por eso no he podido traerla... Bien: s vengo en visita de... de un gran suceso. ¿No se dice así? así se dice. Y vamos al grano, a lo profundo del grano, corazón del grano...

ÉLIX.—¿Pero qué dices?

ERARDÍN.—Sé, sé lo que digo, aunque estoy borracho de cidad. He venido a ochenta por hora, sorbiendo el aroma campo y bebiendo el aire tibio y perfumado de esta mara- osa tarde de este inenarrable día... Aldonza: por encargo n representación de mi madre, vengo a pedirte a tí, la per- a más allegada, puesto que no tiene familia, la mano de nita.

LDONZA.—Por mí, encantada... Pero este amor, Gerardín, será otra manifestación de neurastenia?

ERARDÍN.—Mi porte te garantiza la curación. Es cierto: a en la noche obscura de mi neurastenia; pero aquella tar- de mi suicidio, cuando en verdad creía agonizar, vi toda felicidad de mi vida en aquellas divinas lágrimas de Jua- , en sus palabras de ángel, en sus cabellos de ángel, que

rozaban mi mano, ya cadavérica... ¡Y surgí, como el Ave
nix, de mis propias cenizas!... ¡Oh, qué hermosa es la v
y qué tonto fuí hasta ahora!

FÉLIX.—¿Hasta ahora, nada más?

GERARDÍN.—¡Nada más! ¡Enamórese, tito Félix, enamór
como yo y no pierda el tiempo! ¡Enamórate, Aldonza!...

CAROLINA.—¡Jesús, qué muchacho; es un volcán!... ¿Q
re usted lavarse, quitarse el polvo?

GERARDÍN.—¿Cómo no?... Bueno, Juanita, ¿cuándo nos
samos?

JUANITA.—*(Azorada.)* No sé... Habrá que arreglar muc
cosas...

GERARDÍN.—Todo puede arreglarse en seguida... No te a
res, no te amilanes. *¡Sursum corda!...*

FÉLIX.—Anda adentro a lavarte, taravilla... Te sentará r
bien una buena ducha...

GERARDÍN.—*(Conforme va entrando en la casa acompañ
de* CAROLINA, JUANITA *y* FELIPA.*)* Y perdone, Carolina,
asalto; como tengo el *auto* ahí, puede usted echarme cua
quiera...

CAROLINA.—¡Por Dios!... Yo encantada... Nunca se vió
alegre esta casa...

GERARDÍN.—Porque en ella está el amor...

FÉLIX.—*(A Ramírez.)* Gerardín es la mecha de la Sa
bárbara... ¡Lo que nos faltaba! *(Sale por la verja, con Ramír*

ALDONZA.—*(Después de una pausa.)* ¿Y se va usted hoy

ACACIO.—*(De unos treinta años. Bajo su ropa modesta
advierte finura y señorío.)* Sí; ahora me despediré de d
Carolina.

ALDONZA.—De esa determinación suya no seré yo la res
sable, ¿verdad?

ACACIO.—*(Ambiguamente.)* No...

(Pausa.)

ALDONZA.—*(Queriendo aparentar indiferencia.)* ¿Lleva us
mucho tiempo aquí empleado?... Si esta pregunta va a le
tar siquiera un piquito del velo de su misterio, no me con
te usted.

ACACIO.—Tres meses...

ALDONZA.—Y ¿cómo fué...? Perdón; soy indiscreta...

ACACIO.—Don Mariano buscó en Madrid una persona, p
encargado de las bodegas y almacén, que no fuera de ac
lo supe, solicité el puesto, y vine.

(Pausa.)

ALDONZA.—Y, claro, aquí, y en sólo tres meses, adquirió

an cultura de tierras, hombres y cosas con la que me ha straído tanto durante estas siestas...

ACACIO.—Viajé un poco...

ALDONZA.—Y ahora, a viajar otro poquito, ¿no?

ACACIO.—Ya lo dijo el clásico: "navegar es necesario, no es cesario vivir".

ALDONZA.—*(Sin contener su mal humor.)* El clásico diría o, pero usted no dice palabra de verdad.

ACACIO.—No he mentido, señorita.

ALDONZA.—*(Queriendo sonsacarle.)* ¿Que no ha mentido usd?... Lo primero que me dijo fué que toda su vida se había dicado a traspasar toneles, y no es verdad... Esta ha sido, mo si dijéramos, la mentira fundamental, y luego, ¡échese ted a contar las mentiras pequeñas que habrá necesitado ra ir sosteniendo la grande!

(Pausa.)

ACACIO.—Se engaña usted, señorita... Yo le agradezco su en deseo, pero soy de clase humilde...

ALDONZA.—Y por esas bodegas de Dios estudiaba usted los ásicos, ¿no? *(Irritada.)* Pues con su pan se coma usted su umildad, su misterio, sus clásicos y sus mentiras... La ton- soy yo... A lo mejor su vanidad de hombre pensará de mi riosidad y de mí, sabe Dios qué; lo menos, lo menos, que e he enamorado de usted...

ACACIO.—Ello sería lo peor, para usted y para mí.

ALDONZA.—*(Más irritada.)* Además, es usted cínico.

ACACIO.—¡Perdón!... Voy a despedirme de doña Carolina. on su permiso, señorita.

ALDONZA.—¡No me llame señorita!... Es impertinente hacer los demás intérpretes de su farsa...

ACACIO.—¡Perdón!

ALDONZA.—*(Cuando Acacio está ya en la puerta de la casa.)* erdone usted también algunas de mis palabras... Soy pron- de genio...

ACACIO.—Nada tengo que perdonar, señorita.

ALDONZA.—¿No sabe usted mi nombre?

ACACIO.—Sí.

ALDONZA.—¿Y no le gusta?

ACACIO.—¿Por qué no?... El nombre no hace a...

ALDONZA.—¿A la cosa? Muy amable. *(Acacio, con una inclinación, inicia el mutis.)* Pues más feo que mi nombre es el e usted.

ACACIO.—Conformes.

ALDONZA.—¡Y sabe Dios si no será un nombre supuesto!... *Acacio inicia otra vez el mutis. Irreflexivamente.)* ¡Oiga!

ACACIO.—Mande.
ALDONZA.—Nada. ¡Vaya usted al diablo!
ACACIO.—*(Sonriendo.)* La señorita no sabe lo que quiere *(A un gesto de Aldonza.)* O no quiere saber lo que quiere.
ALDONZA.—¿Qué piensa usted de mí?
ACACIO.—¿Qué valor puede tener una opinión mía, que acaso no pude formar aún?
ALDONZA.—Todas las mujeres somos un poco coquetas y no agrada conocer la impresión que hicimos. Y la más interesante es la primera...
ACACIO.—La más interesante, porque es la que no se olvida ¡Cuántas veces, después de muy conocida una persona, hemos de refugiarnos en el recuerdo del primer encuentro!.. Suele ser el más amable...
ALDONZA.—*(Hecha mieles.)* Temo que el recuerdo mío no pueda usted calificarlo así...
ACACIO.—Una vez...
ALDONZA.—¡Cuente, cuente usted!...
ACACIO.—Es un recuerdo lejano. Como un cuentecillo...
ALDONZA.—Diga...
ACACIO.—Un poco literario..., tiene el encanto de no parecer verdad. *(Evocando.)* Era un atardecer... *(Sonriendo inteligente.)* ¡Oh, qué simpleza!... Perdón por este conato de cursilería...
ALDONZA.—Siga... Siga usted...
ACACIO.—No puede interesarle... Un nimio suceso en mi vida, imprevisto... Nada; del género vulgar...
ALDONZA.—¿Oportuno?...
ACACIO.—No tiene la pretensión de apólogo.
ALDONZA.—Quiero conocer al menos la moraleja...
ACACIO.—La que puede deducirse es del género romántico y nada interesante para una muchacha moderna, independiente...
ALDONZA.—¿Y si me juzgara usted equivocadamente?
ACACIO.—No creo... A la inventora del noviciado matrimonial...
ALDONZA.—¿Conoce usted...?
ACACIO.—Sí, el fracaso de su precaución.
ALDONZA.—O el éxito.
ACACIO.—Posible. Como decía, a la inventora del noviciado matrimonial poco puede importarle la historieta de un pequeño Lohengrin... Ya sabe usted que Lohengrin hubo de marchar para siempre por contar a Elsa su historia...
ALDONZA.—*(Desmintiendo con el interés y la emoción su*

parente burla.) ¡Acabáramos!... ¿Usted es Lohengrin?... Y o soy Elsa.

ACACIO.—No. Elsa es la heroína de la historieta.

ALDONZA. — *(Mordiéndose los labios.)* Comprendido... *(En ono de burla vengativa.)* ¿Y usted hacía de Lohengrin con sa indumentaria?... A usted no se le llevaría el blanco cisne or un lago, ¿verdad?... Probablemente se alejaría a lomo de n borriquillo manchego, ¿no?

ACACIO.—Cierto.

ALDONZA.—No ha resultado muy feliz este intento de palıetazo a mi curiosidad.

ACACIO.—No fué esa la intención.

ALDONZA.—Entonces, un recordatorio para su silencio.

ACACIO.—Quizá.

ALDONZA.—*(Después de una pausa. Irreflexiva, imperativa.)* Quién es usted?

ACACIO.—No me pida usted que mienta, ni que diga la verad. La mentira es indigna de usted y de mí. La verdad, la erdad mía, también. *(Pausa.)* Con su permiso. Quisiera, a er posible, salir de aquí y de Valdepeñas esta noche misma.

ALDONZA.—Si abandona esta casa por mí, no lo haga. Maıana me marcharé yo, y no es fácil que vuelva: le prometo o volver.

ACACIO.—Muchas gracias. Debo marcharme yo... *(Burlón, al ír una campanilla o esquila de un borriquillo que se aproima.)* ¿No oye usted? El cisne, digo, el borriquillo mancheo que viene por mí...

ALDONZA.—*(Despechada.)* ¡Es usted odioso! ¡Le odio a usted!

ACACIO.—*(Gozoso.)* ¿Sí?

ALDONZA.—*(Rendida. Imperceptiblemente.)* Sí...

ACACIO.—Entonces... Acaso nos veamos pronto en Madrid. *Entra en la casa.)*

ALDONZA.—*(Como una exhalación, a su tío, que entra con* RAMÍREZ *y* DAMIÁN.*)* ¡Tito!... ¡Corriendo!... ¡En seguida!...

FÉLIX.—¿Qué pasa?

ALDONZA.—¡Necesito saber quién es ese hombre!

FÉLIX.—*(Mirando a todas partes.)* ¿Qué hombre?

ALDONZA.—¡Ese que se escapa!

RAMÍREZ.—¿Un ladrón?

ALDONZA.—¡Acacio!

DAMIÁN.—¿El Coplero?

FÉLIX.—¿Qué hizo?... ¿Alguna incorrección, alguna inconveniencia?...

ALDONZA.—No. Pero quiero saber en seguida quién es.

DAMIÁN.—Yo poco puedo decirle a la señorita. Tampoco

creo que la señora sepa más que yo... El llegó aquí, mandao por el señorito Mariano, desde Madrid, para encargao de las bodegas y el almacén. El señorito Mariano no lo conocía, ni lo conoce aún; se lo recomendó un amigo...

ALDONZA.—¿Qué amigo?

DAMIÁN.—Yo no sé... Puede que la señora...

ALDONZA.—¿Y qué más sabe usted?

DAMIÁN.—Poca cosa... Aquí llegó con una ropa que se veía vieja pero se veía elegante... A todos nos extrañó su porte, y a la señora, más; tanto, que le dió vergüenza de ofrecerle las cuatro pesetas de jornal, y le dió seis... El, se veía que na sabía de bodegas, ni de almacén, ni de cuentas; pero a los cuatro días ya sabía de to y to lo llevaba divinamente, y las cuentas las presentaba que eran talmente una preciosidad. Tos estábamos muy asombraos; pero como el hombre se portaba de bien como el primero, na había que decirle... El chofer de los señores de ahí al lao sí le dijo un día a mi Felipa que quería recordar la cara de don Acacio, de los Madriles, cuando él tenía un taxis...

ALDONZA.—¿Don Acacio?....

DAMIÁN.—No; el chofer. Dijo que le parecía que lo había llevao, algunas noches, de juerga a eso que le dicen la Cuesta de las Perdices, con unas señoronas muy elegantes... Eso es to lo que sé, señorita...

ALDONZA.—Bien poca cosa...

DAMIÁN.—Pero eso, con preguntárselo a él...

ALDONZA.—¡A él!... Ya debe estar camino de Valdepeñas, y de allí a Madrid.

FÉLIX.—¿Se ha ido?

ALDONZA.—Cuando ustedes entraban salió él para despedirse de Carolina.

FELIPA.—*(Desde la casa.)* Padre: la señora, que vaya usted, que se ha despedido el Coplero, y que se haga usted cargo de las llaves...

ALDONZA.—¿Se ha ido ya?

FELIPA.—Ahora va a marcharse a Valdepeñas en uno de los borricos de la reata de la vendimia que vuelven pa el pueblo todas las noches...

DAMIÁN.—*(Entrando con su hija en la casa.)* Vamos allá... Con licencia...

ALDONZA. — *(Rabiosilla.)* ¡Lohengrin!... ¡Se salió con la suya!... ¡Lohengrin, en burro!

FÉLIX.—*(Que, con Ramírez, la mira atónito.)* ¿Pero qué dices, hija?

ALDONZA.—¡Ah, no lo entiendes! ¿Tú el hombre de las finas

entendederas?... Pues está clarísimo... ¡Que tenía yo razón!... ¡Que ese maldito hombre no es lo que es; vamos, lo que aparenta ser; vamos, lo que quería ser o figurar que era! ¡Que, desgraciadamente, digo, afortunadamente, es...! *(Preguntándole a ellos.)* Pero ¿quién es ese demonio de hombre?

FÉLIX.—¡Ya lo sé!

ALDONZA.—¿Quién?

FÉLIX.—*(Solemne.)* ¡Lo imprevisto!

ALDONZA.—Majaderías y agudezas ahora, no, tito Félix. Mis nervios no están para frases. ¡La acción!... En vez de mirarme así, coge a ese hombre y desenmascáralo. *(A Ramírez.)* Usted hágale confesarse si, como me figuro, es un admirable loco, un sublime tarambana, que se ve como se ve por su mala cabeza, por sus locuras; desencántelo ofreciéndole dinero para que pueda volver a su ser y estado y se quite esa infamante zamarra... *(Se oyen las esquilas de los borriquillos que se alejan. Enmudeciendo. Después, desolada.)* ¡Se va!... ¡Se fué!...

(Pausa. Ella queda apoyada en la verja, viendo marchar al prófugo.)

FÉLIX.—*(Dejándose caer en una mecedora.)* Es una ola de locura, Ramírez... El simún de la locura... Concibo a Don Quijote... Sí, fué aquí; no podía ser más que aquí, en estas llanuras de fuego, su locura. Sobre el asfalto y en auto, no hubiera podido hacer más que alguna tontería y algún atropello...

RAMÍREZ.—¿Ve usted cómo acerté? Su sobrina está enamorada.

FÉLIX.—Ya nada me asombra. Ni estos absurdos, ni todos los que puedan llegar. La vida es más, siempre más.

CAROLINA.—*(Saliendo de la casa, con todos.)* ¿Han visto ustedes?... ¿Has visto, Félix?... ¡Qué locura y qué misterio el de ese muchacho! ¡Como una bomba cayó aquí, y como otra bomba se va! *(A Damián, que ayuda a su hija.)* Servidnos aquí el té.

GERARDÍN.—La neurastenia de ése es mayor que la que yo me disfruté. ¿Estará enamorado?...

(Felipa y Damián han ido sirviendo el té. Todos están sentados alrededor de la mesa.)

CAROLINA.—¿Quién será ese chico?...

(Pausa.)

JUANITA.—¿Y usted no tiene ningún antecedente?

CAROLINA.—Antecedentes, ninguno.... Sospechas de que se trata de persona fina, sí.

ALDONZA.—¿Qué sospechas son?

CAROLINA.—Pues unas camisas de seda... Unas cifras bo dadas... Sus maneras... Debe ser un tronera que sabe Di por qué razones andará así disfrazado... Como portarse, s ha portado muy bien: no encontraré otro tan inteligente trabajador.

ALDONZA.—*(En el momento en que cada uno va a beber e su taza.)* ¡Un momento! *(Todos quedan con las tazas en e tire.)* ¿Me llevas a Madrid ahora mismo en tu auto, Gerar dín?... Iremos contigo Juanita y yo.

GERARDÍN.—*(Levantándose.)* ¡Ya estamos!

CAROLINA.—¿A qué viene eso?

FÉLIX.—¡Sobrina!...

ALDONZA.—Y cazamos a ese hombre en el camino de aquí Valdepeñas, y, quiera o no quiera, le metemos en el auto y..

GERARDÍN.—¡Y a Madrid con él! ¡Precioso!... ¡El rapto de hombre desconocido!...

CAROLINA.—Vamos, vamos; locuras, no.

ALDONZA.—No son locuras, Carolina... Es... un capricho, un curiosidad, hasta una extravagancia, si usted quiere; per yo..., ¡yo lo hago! Usted no se enfade conmigo, Carolina ¿Verdad que no?... ¡Qué quiere usted!... Yo no soy hipócrita no sé mentir, y les digo a ustedes sinceramente que si no l hago así reviento.

CAROLINA.—Pero, hija... Tú, tan discreta, tan sentadita.. ¿No comprendes lo absurdo de la aventura?... Os exponéis...

ALDONZA.—Perdóneme y no me juzgue mal, pero no desisto ¿Está el auto preparado, Gerardín?

GERARDÍN.—Supongo; yo nunca se lo pregunto.

ALDONZA.—Pues... andando. Juanita: vamos a recoger los maletines de mano... Los baúles no los envía usted mañana...

CAROLINA.—Pero.... *(Aldonza, arrastrando a Juanita y a Gerardín, entró en la casa.)*

FÉLIX.—No intentes disuadirla: inútil. Se irán ahora; cazarán a ese pobre hombre, y si hace falta andarán a tiros con la Guardia civil: la conozco.

CAROLINA.—*(A Ramírez.)* ¿Y usted qué dice?

RAMÍREZ.—Nada... A mí me parece admirable...

CAROLINA.—¿Y a ti?...

FÉLIX.—A mí..., naturalísimo.

CAROLINA.—¿Te parece natural esta locura?...

FÉLIX.—Natural y lógica dentro del temporal que estamos corriendo.

CAROLINA.—No deben ustedes dejarlas solas con ese loco de Gerardín... *(Mirando tiernamente a Félix.)* Además, no es discreto que quedes aquí solo conmigo... Yo también soy una mujer moderna; pero para puntos de honestidad, soy... muy antigua.

FÉLIX.—Es verdad: estás en todo. Tú siempre la más ecuánime. *(A Ramírez, que está hablando aparte con Felipa y Damián.)* Ramírez, mi ángel bueno... Nos vamos nosotros también...

RAMÍREZ.—*(Con dolor.)* ¿También nosotros?...

FÉLIX.—Sí, hijo. No debemos abandonar a esos locos.

RAMÍREZ.—Pero los cinco no cabemos en el auto de Gerardín...

CAROLINA.—No: llevan ustedes el nuestro. *(Ha recalcado la palabra, mirando tiernamente a Félix. A Damián.)* Damián: dile a Manolo que prepare el auto para llevar los señores a Madrid. *(Sigue hablando con Damián.)*

RAMÍREZ.—*(Aparte a Félix.)* La verdad, siento marcharme...

FÉLIX.—No le importe... Me da el corazón que podrá usted practicar la filantropía... Todo el misterio de ese don Acacio debe ser falta de dinero... Tendrá usted ocasión de hacerle un préstamo caritativo. Procure usted que sea en estos edificantes billetes de San Francisco Javier, que deben hacer milagros: hay que estar en todo.

DAMIÁN.—En seguida, señora. *(Sale.)*

FÉLIX.—¿Y tú no vienes a Madrid, Carolina?

CAROLINA.—No; no es discreto ahora, ¿verdad, vida?

FÉLIX.—Cierto. Eres la única que no ha perdido la cabeza...

CAROLINA.—*(Hecha almíbar.)* ¿Estás seguro de eso?...

FÉLIX.—Ramírez, ángel bueno. ¿Por qué no es usted tan amable que arregla nuestras maletas?... Quisiera, antes de marchar, hablar con Carolina...

RAMÍREZ.—Con mucho gusto. ¿Quieres ayudarme, Felipa? *(La mira tiernísimo.)*

FELIPA.—Como usted quiera...

RAMÍREZ.—*(Entrando en la casa con Felipa.)* ¡Cómo tú quieras!... Tú... Tú...

FELIPA.—Me da vergüenza... Parece que echo lumbre.

RAMÍREZ.—¡Y yo!... *(Salen.)*

FÉLIX.—*(Después de una larga pausa.)* Parece que vuelvo en mí... ¡Oh, maravillosa quietud!

CAROLINA.—¿Te habías ausentado?

FÉLIX.—Sí; como Santa Teresa: "Vivo sin vivir en mí..." ¡Qué ciclón de acontecimientos!... *(Después de una pausa lar-*

ga.) ¡Qué inefable silencio!... Ya no está uno para trajines. Estos días deliciosos de sosiego, en esta paz, me han descubierto un nuevo Félix.

CAROLINA.—¿Y cómo es?...

FÉLIX.—Menos burlón, un poco melancólico y desde luego más bondadoso...

CAROLINA.—¿Qué Santo hizo el milagro?

FÉLIX.—Santa Carolina de Valdepeñas.

CAROLINA.—¡Adulador!... *(Sincera.)* Oye, Félix. Me asalta un temor. ¿No resultaremos un poco ridículos?...

FÉLIX.—¿Ridículos?...

CAROLINA.—Sí..., porque... He de hacerte una confesión. Yo..., yo, Félix..., no tengo cuarenta y tres años, como te dije, sino cincuenta y dos...

FÉLIX.—*(Besándole la mano.)* Carolina... Estoy emocionado ante el increíble rasgo de tu sinceridad... triunfante en la más heroica prueba. Yo... yo tampoco tengo los cuarenta y nueve que restaba: sumo cincuenta y ocho.

CAROLINA.—Sí; pero... ¿no será una locura?...

FÉLIX.—¡No interrogues a los astros, que sólo son propicios a la juventud!... Leamos en nuestros corazones. El mío me dice que Dios bondadoso me ha traído a la paz de tu compañía, como lleva al pobre náufrago a la playa hospitalaria. Y me dice, además, otra cosa, que honradamente te aseguro no oí hasta hace poco: que si esta ilusión amable, suave, confortadora de nuestro cariño no se realizara, sería ya muy triste la vida para mí...

CAROLINA.—Igual me dice el mío: te lo aseguro... Pero tengo cincuenta y dos años y un hijo ya hombre. ¿Qué dirá la gente?...

FÉLIX.—Cierto; nadie creerá que nuestro matrimonio es por cariño. Si lo afirmamos así y en público demostramos la más leve ternura, harán chacota y befa de nosotros; pero si nos mostrarnos correctos, escépticos y bien educados nada más, dejando adivinar el móvil del interés y la conveniencia, a todos parecerá razonable y discreto... Y no tendremos necesidad de argumentar en su defensa: ellos lo justificarán: "Pues han hecho muy bien..." "Todavía están en buena edad..." "Ella necesitaba un hombre serio que vigile sus intereses..." "El es un caballero que aporta su experiencia, el capital de su cultura..."

CAROLINA.—Pero... ¿no es eso sólo, verdad?

FÉLIX.—Gracias a Dios, no. Surgió lo imprevisto.

CAROLINA.—¿Lo imprevisto?...

FÉLIX.—Sí, lo imprevisto, lo que no pude pensar: que prendió en mí una llamita de ilusión.

CAROLINA.—Y en mí.

FÉLIX.—Lo sé. Y los dos, a escondidas, para que nadie lo vea, cuidaremos con mimo, la alimentaremos con esmero, y a u luz y calor, ¿por qué no ser dichosos?...

CAROLINA.—¡Tienes razón, Félix; tienes razón!... *(Le coge s manos.)*

FÉLIX.—*(Al oír las voces de los que se aproximan.)* ¡Pchs!... ue no le dé el aire de la curiosidad; la burla ajena podría agar la llamita...

ALDONZA.—*(Saliendo de la casa con Juanita y Gerardín.)* ¿No abéis olvidado ninguna menudencia?...

JUANITA.—Creo que no...

GERARDÍN.—Venga: yo lo iré colocando. *(Lleva al coche unos aletines.)*

ALDONZA.—*(A Carolina.)* ¿Usted perdona esta locurilla, verdad?... Además puede usted estar tranquila: ya me ha dicho amírez que vienen también él y tito Félix.

GERARDÍN.—*(Volviéndose a recoger otro maletín.)* Yo no me paro de mi amor: ¡moriremos juntos! Oye, Aldonza: cazamos a Lohengrin antes de llegar a Valdepeñas... Me ha dicho amián que hay de aquí allí diez kilómetros, de modo que la mitad del camino, en dos saltos nuestros, "¡atrapi!" *(Vuel- a salir.)*

FÉLIX.—*(En un grupo con Carolina, Aldonza y Juanita.)* amírez y yo detrás, en el otro auto, de vigilantes.

JUANITA.—Mejor será que vayan ustedes delante, porque ngo miedo a que el loco de Gerardo corra demasiado.

FÉLIX.—Sí, es mejor. Así, si tropezamos con Lohengrin, arlamentaré yo con él, invitándole, casualmente, a que se corpore a la caravana, y Ramírez y yo lo confesaremos...

ALDONZA.—¡Admirable!...

GERARDÍN.—*(Desde fuera.)* ¡Juanita, ayúdame! *(Sale Juanita. ontinúan hablando en grupo, Carolina, Félix y Aldonza.)*

RAMÍREZ.—*(Saliendo de la casa con Damián, que lleva dos randes maletas. Detrás, sola y llorosa, Felipa.)* ¿Amigos del odo, Damián?...

DAMIÁN.—Ahora, por qué no... Se ha explicao usted mu claro tan contento... Pero comprenderá usted que me enfadara uando lo cogí abrazando a mi Felipa... Y perdóneme usted l trastazo que le di; pero yo soy muy decente y, ¡claro!, no ude parar a tiempo la mano... *(Mirándole la cara a Ramírez,*

en la que aparece un gañafón respetable.) Sí que le he deb
hacer daño...

RAMÍREZ.—No... No lo crea usted... Esto me parece que lo he hecho yo con la maleta...

DAMIÁN.—*(A su hija.)* ¡Ven acá, y no lloriquees! ¿Te asustao?

FELIPA.—¡Es que usted se ha creído otra cosa!

DAMIÁN.—Güeno; dejao eso... Aquí, el señor Ramírez, ha dicho que se quiere casar contigo... ¿Tú eres conforme?..

FELIPA.—Ya lo sabe usted, conformísima.

DAMIÁN.—Así, sin remilgos... *(Confidencial, a Ramíre* Como güena, es güenísima y trabajadora; sí, tiene una m que yo no he de ocultar a usted, porque soy muy franco: ¡C es burrísima algunas veces! No es porque ella lo sea de na raleza, eso no; es porque la criamos con leche de burra, ¿s usted?, y algunas veces lo regüelda. ¿Usted lo habrá observ

RAMÍREZ.—No tiene usted razón, querido Damián. Eso usted califica así es ingenuidad: Felipa es una ingenua..

CAROLINA.—*(A Aldonza.)* Bueno, hija... Basta de disculp Encantada de tu compañía y hasta siempre. Ya volverás aquí y te prometo, cuando vaya a Madrid, hacerlo a tu cas

GERARDÍN.—*(Entrando con Juanita.)* ¡Ea, todo dispue para la marcha!

CAROLINA.—*(A Damián.)* ¿Y el otro coche?...

DAMIÁN.—Ya está ahí fuera... *(Sale con las maletas.)*

GERARDÍN.—*(Despidiéndose, como todos, de Carolina.)* Ha mi boda, doña Carolina...

CAROLINA.—Desde luego...

GERARDÍN.—¡Andando!... *(Sale con Juanita y Aldonza.)*

RAMÍREZ.—*(Con Felipa, mientras Carolina permanece Félix.)* Adiós, Felipa... Ves preparando tus cosillas... Volv pronto y vendrás a Madrid con tu padre y conmigo para allí elijas y te compres lo que quieras...

FELIPA.—Pocas cosas... Para dormir no hace falta más sueño y para casarse, ganas, ¿verdad? ¿Es esto una burra como diría mi padre?...

RAMÍREZ.—No, hija. Ingenuidad, deliciosa ingenuidad... ¡E una ingenua!.. *(Salen. Se oyen los motores en marcha.)*

GERARDÍN.—¿Vamos?...

ALDONZA.—*(Como Gerardín, desde fuera.)* ¡Tito Félix ¡Que se escapa Lohengrin!...

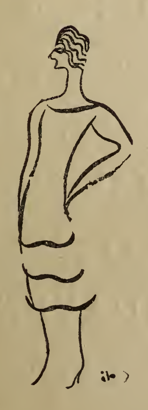
CAROLINA.—*(Yendo hacia fuera con Félix.)* Conformes todo: mis papeles quedarán arreglados en seguida; envía los tuyos. Nos casaremos en Valdepeñas, y desde la igle

uí, a esta tranquilidad y dulzura, ¿verdad?... *(Ruborosa.)* aquí...

FÉLIX.—*(Tapándole la boca graciosa y finamente.)* Y aquí... a vez aquí... ¡qué el Dios de lo imprevisto me proteja!

alen. Se oyen los autos que marchan y los adioses de despedida.)

TELON



,A FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

RECTOR: VALENTIN DE PEDRO

\dministración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

IEROS PUBLICADOS:

. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, ıcción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín ·ez Quintero.
ATOCHA, de Federico Oliver.
¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adapta· de una novela de Miguel de la Cuesta.
LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, arlos Arniches.
. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armont y Gerbidón, versión llana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
¡USTED ES ORTIZ! de Pedro Muñoz Seca.
TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romerc y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Li res Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y rique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José Ma Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción Torralba Becl.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, Francisco de Víu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castill Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís. Tradu del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en col ración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colab ción con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Ri
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena, traducción de Víctor biroado y Manuel Morcillo.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernán
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Antonio P y Antonio Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78 CUENTO DE ALDEA de Luis Fernández Ardavín
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI? de Luis de Vargas.
81 ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Víu.

Cubierta de este número:

DIANA

de «La boba para los otros y discreta para sí»

de LOPE DE VEGA

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.